

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XXXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 31. — Nº 1,003.

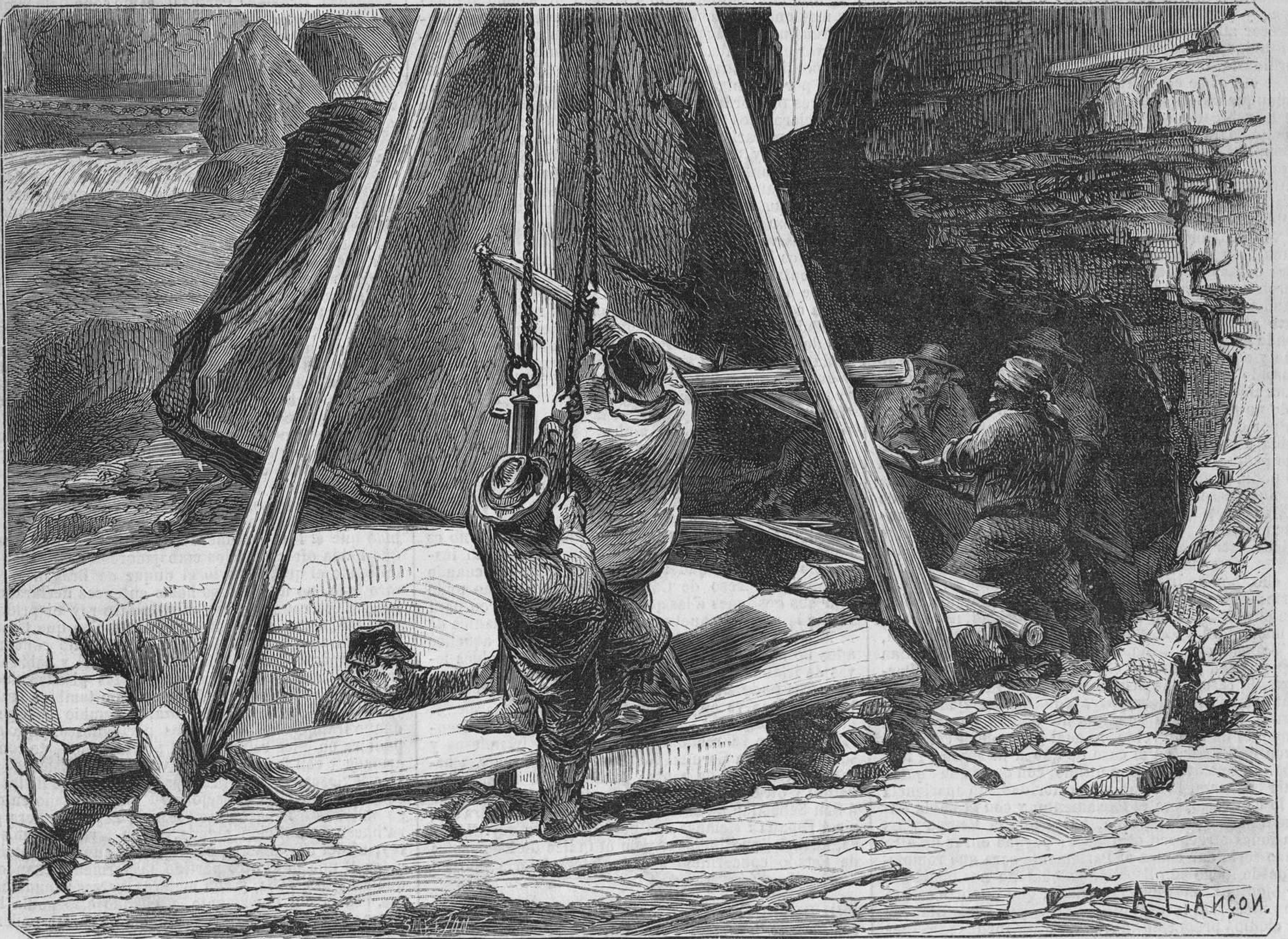
Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

La pérdida del Ródano; grabados. — Apuntes históricos. — Poesía. — El contrabando en el Jura; grabado. — Re-

vista de Paris. — Memoria por don J. E. Hartzenbusch. — La nueva patria de los trasportados franceses; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Manifestaciones de la ciu-

dad de Lila; grabado. — Actualidades, por Bertall; grabados. — La cueva de Benidoleig. — Problemas de ajedrez; grabado. — El fascolomo; grabado.



OBRAS DE CANALIZACION EN LA PÉRDIDA DEL RÓDANO. — La sondeadura.

### La pérdida del Ródano.

Sabido es que el Ródano, el río mas caudaloso de Francia, y uno de los principales de Europa, despues que atraviesa el lago de Ginebra, pasa entre los Alpes y el Jura, y acaba por perderse bajo las rocas, entre el monte Vuache y el Gran Credo, para volver á salir sesenta pasos mas lejos, siguiendo su trayecto al aire libre.

Una compañía industrial ha tenido la idea de canalizar esa parte del cauce del río, á fin de utilizar la fuerza motriz que resulta de su caída.

Los dibujos que publicamos hoy representan varios de los aspectos de esa grande obra.

C. P.

### Apuntes históricos.

FELIPE IV Y LOS REGICIDAS INGLESES.

(Conclusion. — Véase el número 1,002.)

« Ponderaba luego el Consejo la consideracion que merecia el caso, pidiendo las conveniencias políticas y de Estado no disgustar al Parlamento y mantenerle con buenas esperanzas; no obstante lo cual, creia que, habiéndose ya hablado de parte del Parlamento á don Alonso de Cárdenas con claridad, y excusándose de negociar con él sin nuevas credenciales, iba á estar ya allí el diplomático español desairado y notado. Por tanto, dijo el Consejo que podia comunicársele al archiduque Leopoldo la instancia de don Alonso, dándole noticia de todas las consideraciones expuestas, para que, teniéndolas presentes, y oyendo el parecer de los condes de Peñaranda y Fuensaldaña, resolviera en nombre del rey lo mas conveniente. Y para el caso de que acordase conceder á don Alonso licencia, queria el Consejo que se advirtiese al archiduque que comenzara á usarla con pretexto de tomar los baños de Spa, y prometiendo volver brevemente. Pudiéndose ofrecer allí ciertos negocios, debia dejar don Alonso de todas suertes alguna persona de poca categoria (ordinaria, dice el despacho) encargada de ellos; pero si se ofreciere caso grave de que tratar, tocaba al archiduque enviar á Inglaterra persona que debidamente le representase, con sus credenciales correspondientes para el Parlamento, de lo cual habia habido ejemplo en tiempo del mismo don Francisco de Melo, que era uno de los únicos consejeros que evacuaban la consulta. Tal y tan minuciosa y juiciosamente se examinaban los asuntos graves por el des acreditado gobierno de Felipe IV.

No quedando satisfechos, ni el marqués de Torrelaguna, don Francisco de Melo, ni el de Velada, que era otro consejero presente, de su propio parecer, acordaron comunicarlo con aquellos de sus colegas que no habian asistido en tal dia. En su nombre consultó el caso el secretario don Gerónimo de la Torre con el conde de Monterey y el marqués de Castel-Rodrigo, y uno y otro opinaron que don Alonso podia haber alcanzado mayor éxito siguiendo rigurosamente las instrucciones que se le comunicaron; pero que, en suma, « de no querer negociar el Parlamento con él, teniendo por conveniente que don Alonso se mantuviese allí, debia enviársele la carta de creencia ó credenciales que pedia. » Alegaban que el nuevo rey de Inglaterra no podia formalmente resentirse ni mostrar queja de resolucion semejante, pues durante las revueltas de Inglaterra, y desde que tuvieron principio, don Francisco de Melo y el mismo marqués de Castel-Rodrigo habian escrito al Parlamento sobre diversos negocios que se ofrecieron, sin que nadie se hubiera enojado de ello, por no haber otra forma de tratar en aquella corte; cosa que á la sazón acontecia tambien, dado que el que debía ser rey no tenia autoridad, ni fuerzas, ni mano para nada, y que mientras esto corriera así, no se podia ni debía tomar otro camino. Añadían « que recién levantado el duque de Braganza con Portugal, la razon mas principal en que se fundara el difunto rey de Inglaterra para admitir embajador portugués, fué que sus súbditos no podian pasar sin el comercio de aquel reino, lo cual podia decir con igual razon de España en el caso de que á la sazón se trataba. » Concluyeron, por último, con decir que « quien tenia la fuerza, la mano y la autoridad, sin apariencia de lo contrario, era el Parlamento, y con él debia entenderse el rey de España, hasta que el tiempo y las ocasiones ofreciesen otra cosa; porque obrar de otro modo seria dar causa al Parlamento para que rompiera desde luego con España, lo cual no nos podia estar bien. » El marqués de Velada, que tambien estuvo presente, visto lo expuesto, dijo: que cualquiera de los medios propuestos á que S. M. se inclinase lo tendria por acertado y conveniente; y el rey escribió de su mano el siguiente decreto: « Remítase al archidu-

que, como parece á don Francisco de Melo y al de Velada, suspendiendo la declaracion de la creencia (credencial) hasta ver si se puede excusar. »

Fué, sin duda, de opinion el archiduque que se accediese á la exigencia del Parlamento, se enviaron al fin las credenciales, y don Alonso de Cárdenas continuó acreditado en Londres, siendo el primer diplomático que reconociese á la república inglesa, segun observa David Hume en su *Historia de Inglaterra* (1). En el entretanto se hicieron nuevas gestiones de parte del principe de Gales, no solo para que se le reconociese por rey de Inglaterra, que esto naturalmente lo daba por indubitado, sino para que se le prestara ayuda contra sus rebeldes súbditos; y el Consejo de Estado opinó en contra, prosiguiendo en su prudente política. Y entonces, al pié de la consulta de que hablo ahora, fué cuando de su puño y letra puso este notabilísimo decreto Felipe IV, que lleva la fecha de 1º de enero de 1630: « Si nuestras cosas estuviesen » en diferente estado, poco tendria que discurrir en » esta materia, pues la razon y todos mis deseos piden la declaracion por el rey; pero la necesidad no » deja ejecutar lo mejor, y así, atendiendo al estado » presente, me conformo con el Consejo y con lo que » añade el marqués de Castel-Rodrigo, siendo en tal » forma que excuse todo empeño y deje siempre la » puerta abierta para valernos de lo que mejor nos » estuviere. » Hablaban, como se ve, en la primera parte de este decreto, los sentimientos y el interés de rey; pero en la segunda aquellos y este aparecen completamente vencidos por la utilidad pública, por la impia razon de Estado. El rey se rindió, y no parece que con gran trabajo, al dictámen del prudente Castel-Rodrigo y los otros expertos individuos del Consejo de Estado; y aunque se pretendió hacerlo con cautela, hubo que preferir abiertamente al fin el partido de los regicidas, reconociendo en toda forma al gobierno de la revolucion inglesa.

#### IV.

Lejos, muy lejos está de mi ánimo el culpar por esas, que llamarán debilidades los grandes caracteres, que en teoria posee hoy España, ni al rey ni á los consejeros, que tan desesperadamente luchaban por aquellos tiempos para sostener la política de Felipe II en todo el mundo. Hé dicho ya en otra parte lo que de esto pienso, y es que jamás hizo igual esfuerzo que se hizo aqui entonces, ni gobierno ni nacion alguna; y mas que lo que perdió debiera sorprendernos, imparcialmente juzgando, lo mucho que se acertó á conservar en el reinado de Felipe IV. Convenia á la buena política; convenia á los intereses de España no tener por enemiga á la nacion inglesa; y ante este interés primordial abogaban, lo mismo el rey que sus consejeros, los naturales sentimientos de horror que debia inspirarles un gobierno, no ya solamente revolucionario y usurpador, sino regicida. Todo esto lo confieso con gusto porque á mí no me repugnan menos la difamacion y la iniquidad de los juicios en lo pasado que en lo presente; y jamás mancharé mis secretos con calumnias históricas aunque pasen por manifiestas verdades á los ojos del mundo.

Mas es justo advertir tambien que las quejas alegadas contra Carlos I á deshonra, como para justificar lo que por si sola debia inspirar, y con efecto inspiraba la conveniencia política, no eran muy fundadas. La verdad es, que, á pesar de los antiguos resentimientos de Carlos I contra España, nacidos primero de la boda que por tanto tiempo estúvose tratando en vano, y que dió lugar á su ostentoso viaje á Madrid, y agravadas luego hasta producir guerra formal por la cuestion del Palatinado, pendiente desde el reinado de su padre, las relaciones de ambas coronas fueron muy cordiales despues de la paz de 1630 y sobre todo en 1640 y 1641, cuando precisamente inició la revolucion el Largo Parlamento, que entonces comenzaba su agitada carrera. Poquisima atencion prestó, segun parece, á los varios sucesos de aquella lucha constitucional y civil el gobierno español; de manera que no es improbable lo que Guizot cuenta de hallarse sin instrucciones el embajador español en Londres cuando se falló el proceso de Carlos I, por lo cual no pudo unir sus gestiones á las que inútilmente hicieron para salvar la vida de aquel monarca los representantes de la república de Holanda. Pero durante todos aquellos años no por eso dejaron de hacerse considerables levadas de irlandeses con consentimiento del infeliz rey, mientras pudo darlo, para engrosar nuestros ejércitos, segun se ve en los legajos ó expedientes de Simancas (2). En 1641, por ejemplo, dió Carlos I licencia para que se reclutasen hasta 40,000 irlandeses y se trajesen á la Coruña. No parece que se lograra hacer tan gran leva de gente; pero en 1648 se hizo una de mil y otra de doscientos, y hasta consta la llegada á San Sebastian de setecientos irlandeses (3), para servir á España: siempre con permiso de su rey. Hállase, además, en Simancas y en el índice de los papeles de Estado concernientes á Inglaterra, formando en

(1) David Hume, *The History of England from the invasion of Julius Caesar*, etc., vol. VII, cap. LXI.

(2) Estado. Inglaterra. Legajo 1,522.

(3) Estado. Legajo 2,524.

tiempo de don Tomás Gonzalez, cierta importante indicacion, referente á un hecho desconocido, y que presta gran fuerza á lo que estoy demostrando. Constan en el dicho índice unas *Pláticas sobre el matrimonio del principe de Asturias* (don Baltasar Cárlos), en *Inglaterra*; papeles que hoy faltan en el legajo 2,522 á que el índice se refiere. Y claro está que para llegar á tales pláticas y tratar nada menos que de dar por reina á España una princesa inglesa, tenian que ser muy buenas las relaciones de los reyes de Inglaterra y España, al tiempo de estallar la revolucion sangrienta que le costó al primero la vida. Nada vale, pues, contra estos hechos incontestables el recuerdo de la conducta observada por Carlos I con los enviados del duque de Braganza. Podria haber alguna queja legitima; pero con ella y todo, la amistad mas estrecha subsistió entonces entre las dos coronas, mientras Carlos I empuñó el cetro.

Lo que en realidad prueban, por tanto, los documentos anteriormente extractados, es que el principio de la legitimidad estaba lejos de merecer el supersticioso respeto que hoy se supone á nuestros reyes de la casa de Austria y á nuestros políticos absolutistas del siglo décimo sétimo. ¿Y no es verdad que esos mismos documentos ponen tambien en evidencia que los hechos consumados solian alcanzar en España, por excelencia católica y monárquica allá en el siglo décimo sétimo, tanta consideracion, al menos, como seis años hace, cuando movia tanto estrépito el intento de reconocer el reino de Italia? Difícil me parece negar ya nada de esto; pero lo será mas si cabe, visto algun otro documento de que he de hablar todavia.

#### V.

Llegó, por último, el caso de que el Parlamento quisiera tambien tener representante propio y acreditado en España; y para este cargo fué nombrado Antonio Ascham. Desembarcó en Cádiz el diplomático republicano y allí le recibió el duque de Medinaceli, capitán general de aquella costa, no sin orden expresa de Madrid, y teniendo que darle desde luego el titulo de residente del Parlamento de Inglaterra. Preparábase ya á emprender el ministro ingles el viaje á la corte, cuando, por sugeriones de don Alonso de Cárdenas, se pensó en poner alguna condicion grave á su admision, fijándose en que el Parlamento se comprometiera, por su lado, á no recibir ministro del duque de Braganza, *tirano de Portugal*, como solia llamársele en los documentos oficiales de la época. Para tratar de esta especial condicion y de todo lo referente á la admision y recepcion de Ascham, fué de nuevo convocado en pleno el Consejo de Estado, segun consta en la consulta de 17 de abril de 1630: documento al cual me referi antes, y cuyo examen merece párrafo aparte (1).

Parece que por los achaques propios de la avanzada edad que los consejeros de entonces solian tener, ó por otras causas, no eran muy asistentes; y á la importante reunion de que hablo ahora concurrieron solo el duque de Medina de las Torres, don Francisco de Melo, marqués de Torrelaguna, el marqués de Castel-Rodrigo, el de Valparaíso y el de Velada. Leida allí la carta que escribiera sobre el asunto don Alonso de Cárdenas, se discutió la materia, larga y particularmente, tratándose ya la cuestion bajo sus distintos aspectos.

Dijose, en primer lugar, « que era caso muy digno de toda consideracion pasar por un exceso tan grande como los ingleses habian hecho, cortando públicamente la cabeza á su rey y señor natural; y que seria muy propio de grandes reyes contribuir al castigo de aquellos que cometieron tan atroz delito. » Por tales razones reconocian los consejeros « que pudiera tener obligacion de concurrir á ello el rey de España, pero á su juicio habia otras muchas que enflaquecian y derribaban semejante intento. » Fuera esto loable segun los consejeros, si el difunto rey de Inglaterra hubiera cumplido con su obligacion; pero era bien sabido que él fué el primero que faltó á ella, contra lo que habia ofrecido á los embajadores de España, admitiendo el que le envié el duque de Braganza. Por otro lado, no habiéndose hasta entonces declarado en favor de la causa del rey difunto otro rey ni principe ninguno, todavia era menor la obligacion que tenia el de España de hacerlo, pues en aquellos no concurría el sentimiento que con tanta razon podia y debia este tener, viendo seguir al nuevo rey las pisadas de su padre, en el hecho de haber admitido tambien embajadores del duque de Braganza, á cambio de que el duque franqueara los puertos portugueses, para que pudiera en ellos refugiarse el principe Roberto con su armada y con las presas que vendia allí mismo de navios ingleses. Pero la principal y mas fuerte de las razones que alegó el Consejo fué « que el estado en que se hallaban á la sazón las cosas en España no era para hacer declaracion alguna, ni en favor del mismo rey, ni del Parlamento, por no estar aun bien establecidos el uno ni el otro partido, mayormente cuando el que mas lo estaba, y con mejores fuerzas y fundamentos, era el del Parlamento, y cuando éste podia hacer grandísimo daño, sobre todo con las podero-

(1) Archivo general de Simancas.—Legajo 2,526.

sas fuerzas marítimas de que disponia: motivo tan grande este último, que solo por él se debía caminar en cualquier resolución contraria con gran tiento y recato.»

## VI.

Deducía de todo lo antedicho el Consejo, que, habiendo ya tomado el rey la resolución de admitir al residente inglés, y escrito al duque de Medinaceli, que dió noticia de su llegada á Cádiz, que le encaminase á esta corte, si antes de entrar en ella se le ponía algún estorbo, como sería el hacerle la proposición de que se comprometiera su gobierno á no admitir ministro del duque de Braganza, podría darse grave ocasión de queja al Parlamento, inclinándole á buscar otras conveniencias contra el nuevo rey, que sin duda hallaría ajustando tratados con el propio duque de Braganza; á lo cual debían estar inclinados los ingleses por las comodidades y utilidades que sacaban del comercio de Portugal. Por todo ello, en suma, parecía al Consejo « que la orden que S. M. se había servido dar al duque de Medina para que encaminase á Madrid al residente inglés, era muy acertada, ni mas ni menos que lo sería el que no se le hiciera antes de su salida proposición ninguna, y que fuese admitido y tratado como los demás residentes de principes que asistían en la corte de España. » El Consejo no quería, sin embargo, que se le tratase francamente y sin cautela, antes bien, opinaba que se aprovechase la ocasión de estar el rey en Aranjuez, para cuando llegase el residente, y se tardara así algunos días en recibirle, durante los cuales tendría que entenderse con el secretario de Estado Gerónimo de la Torre; el cual debía dirigirle á don Luis de Haro, para que este le oyese sin entrar con él en empeño alguno hasta saber la comisión que traía, las cosas que proponía, y en qué forma. Recomendaba, por último, el Consejo « que en estas pláticas procurase don Luis de Haro con toda destreza encender contra los portugueses al residente, tomando por motivo ser los puertos portugueses receptáculo y abrigo de los enemigos del Parlamento. » Obrando de esta suerte, en todo, entendía el Consejo, « que, entre el enviado de los regicidas y los embajadores del nuevo rey, se mantenía bien la neutralidad que S. M. tenía resuelta, hasta que el tiempo, las proposiciones y las ocasiones mostrasen lo que era mas conveniente. » Siempre la misma prudencia, las propias reservas y el pretexto mismo de la embajada del duque de Braganza, admitida por el infeliz Carlos I; y siempre la mira puesta en las circunstancias.

## VII.

Al fin y al cabo, por desgracia, las dichas circunstancias se pusieron totalmente en contra del gobierno español, y de nada sirvió en conclusion su transigente política. Fué Ascham alevosamente asesinado en su propia casa, á poco tiempo de llegar, por algunos realistas ingleses residentes á la sazón en Madrid; y aunque el gobierno español hizo cuanto pudo para dar satisfacción y hacer justicia, aquel suceso enfrió ya algo las relaciones de España con Inglaterra. Disuelto luego el Largo Parlamento por Cromwel, y usando este ya el título de *Lord protector de la república inglesa*, por parte del gobierno español se continuaron con este las buenas relaciones anteriores, hasta el punto de enviar desde Flandes á felicitarle, por causa de su alta y reciente dignidad, al marqués de Ledesma. Cromwel al principio no correspondió mal á la cortesía de Felipe IV, poniendo por antefirma en las cartas que á este dirigía la frase latina *bonus amicus*, que tanto debía halagar su plebeya vanidad, viéndola consentida por la orgullosa corte de España. Pero el odio fanático que, al decir de Hume, le inspiraban á Cromwel sus principios puritanos contra España, por ser esta la mas católica de las naciones europeas, y por mantener la Inquisición principalmente, produjeron á la larga un rompimiento, políticamente injustificable ya, entre las dos naciones; dándose orden para salir de Inglaterra á don Alonso de Cárdenas y prohibiéndose en España todo comercio con Inglaterra, corriendo el año de 1656. Funesto fué el tal rompimiento en ocasión semejante para nosotros, como temían sabiamente Felipe IV y sus consejeros; pero la verdad es que ellos pusieron de su lado cuanto era posible para evitar que las armas inglesas ayudasen al duque de Braganza á arrancar el Portugal de la corona de España, y que sus navíos nos hicieron inmensos daños en todos los mares, apresurando la ruina de nuestra nacional grandeza. Todo lo que aconteció, en suma, despues de aquellas frustradas negociaciones, acreditó la gran prevision política con que se iniciaron y siguieron por España hasta el fin. Y si el rey y sus ministros no alcanzaron el buen propósito que buscaban, su conciencia debió quedar satisfecha con saber, que de ellos no procedían los nuevos males con que Dios quiso entonces afligir á la patria.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## Poesía.

## A MI AMADA.

La amorosa mirada de tus ojos,  
De tus labios la plácida sonrisa,  
Me son mas gratas que la fresca brisa  
En el ardiente estio.  
Al valle y á la flor.

Por tí me es dulce la cansada vida,  
Por tí en el alma penetrar yo siento  
Este indecible celestial contento  
Que inunda el pecho mio  
De júbilo y de amor.

¡Oh! Si del tiempo la atrevida mano  
Borrara mi cariño de tu mente,  
Si este mi amor tan puro, tan vehemente,  
Fuera un dia olvidado,  
¡Angel mio, por tí!

Funesta idea que devora horrible  
Un instante no mas de mi existencia  
Cuando no estoy contigo: en tu presencia  
Ya lo ves, dueño amado,  
Huye al punto de mí.

A tu vista, hermosa mia,  
Huye el pesar de mi alma,  
Y torna á su antigua calma  
Mi exaltada fantasia.  
¿Qué fuera tan jóven yo,  
Triste y aislado en el mundo  
Sin este amor tan profundo  
Que algun ángel me inspiró?  
Endeble planta mecida  
En la cumbre de una roca  
Que altiva los cielos toca  
Con su frente endurecida.  
El huracan violento  
No conmueve á la montaña  
Y arranca la frágil caña  
Y la eleva por el viento.  
¡Pobre arbusto! seco, roto,  
Entre el sucio polvo inerte  
Has ido á encontrar la muerte  
A un clima extraño... remoto.  
Tal fuera yo si tú, hermosa,  
Compadecida de mí,  
No me estrecharas así  
En tus brazos amorosa.  
Tú con solícito afan  
Me cubres bajo tu manto,  
Tú me aduermes con tu canto  
Mientras pasa el huracan.  
Y yo con tanto fervor  
Pido á Dios en mi desvelo  
En el otro mundo un cielo,  
En este mundo... ¡tu amor!

M.

## El contrabando en el Jura.

El tipo del contrabandista del Jura no tiene nada que recuerde las cosas novelescas que se refieren sobre los de los Pirineos, y aun tambien sobre los de la frontera de Bélgica. No hace exclusivamente el oficio de contrabandista. Pocos hombres se conocen por tales, y el vecino de las poblaciones pequeñas de ese país, que le considera como una especie de monstruo, en cuanto al carácter, se roza con él todos los dias, en los mercados y en las ferias. Generalmente son leñadores, mozos de labranza, y, en suma, todos los que habitan las altas planicies.

Los que cargan el fardo no hacen el contrabando por su cuenta, pues hace falta ante todo reunir fondos que no están al alcance de los montañeses que se dedican al contrabando. Cuando un empresario intro-

duce mercancía, recluta en el país la cuadrilla, y paga al portador sobre la base de diez francos por fardo, por el paso de la línea aduanera. En este caso el contrabandista no responde de nada; pero su reputación le impide soltar la carga á consecuencia de una falsa alerta, en razón á que la cuadrilla tiene siempre su vigilante. El que trabaja por su cuenta gana mas; pero tambien expone su capital. Este trabaja aislado. El contrabando principal que se hace en estas regiones consiste en tabaco, pólvora, telas, relojes y naipes. Toda clase de astucias se emplean para introducir estas mercancías sin pagar derechos y burlando la vigilancia de los aduaneros. Sin embargo, una astucia no dura mucho, porque al fin se descubre; el aduanero tiene sus espías, y es raro que se prepare un cargamento en Ginebra, Vevey, Lausana, etc., sin que llegue á noticia de las oficinas de la aduana. Dado el aviso, la vigilancia aumenta; pero tambien el contrabandista despliega mas osadía y astucia.

La mayor parte de las mercancías que pasan sin pagar derecho, las traen á hombros; han querido emplear perros como en Bélgica, pero el país es tan quebrado, que muchos perros morían en la faena. El tiempo que habia que pasar en enseñar al animal, y las pérdidas de las mercancías, ha hecho que se renunciase á este modo de transporte.

En otro tiempo tenia la aduana tres líneas, á saber: la primera, muy difícil por causa de las muchas emboscadas; la segunda, compuesta de emboscadas y de puestos en todos los caminos; y la tercera, suprimida hace ya tiempo, que no dominaba mas que los caminos. El contrabandista no podia estar tranquilo sino á cinco ó seis leguas de la frontera. Ahora no hay mas que una línea reforzada últimamente; pero del modo que se hace el servicio, si el peligro no dura largo tiempo (el espacio de siete á ocho kilómetros), es muy difícil de evitar para un hombre que lleva á costas un fardo de contrabando.

El gran principio en el contrabando es pasar por los lugares por donde no se puede suponer que pase un hombre, y donde, por consiguiente, no se juzga oportuno situar una emboscada. Un fardo pesa generalmente de sesenta á ochenta libras, y á veces hasta cien.

La mercancía, bien plegada, se envuelve en un lienzo, y luego en un hule, por si es preciso ocultar el fardo en el agujero de una roca, en las zarzas y hasta en el agua. Este fardo, que tiene todas las formas imaginables, se sostiene á espaldas del portador con dos tirantes de paja trenzada, sin duda para que su volumen incomode menos que una correa. El contrabandista no lleva mas arma que un palo. En verano se pone sobre el calzado una especie de alpargata de cuerda récia, que amortigua el ruido de sus pasos y le impide que se resbale en la roca. Con este calzado no se oyen sus pasos, y puede pasar impunemente cerca de los aduaneros.

El contrabandista elige con preferencia las noches oscuras y el tiempo de lluvia ó de viento, y viste siempre, hasta en el invierno, una blusa azul como la de los carreteros de las cercanías de Paris. En la cabeza lleva un mal sombrero de fieltro ó una gorra. Así penetra en los barrancos cuando la tormenta hace crujir los árboles. Muchas veces, por no dejar huellas, camina por el cauce de un torrente, y en muchas ocasiones anda á gatas.

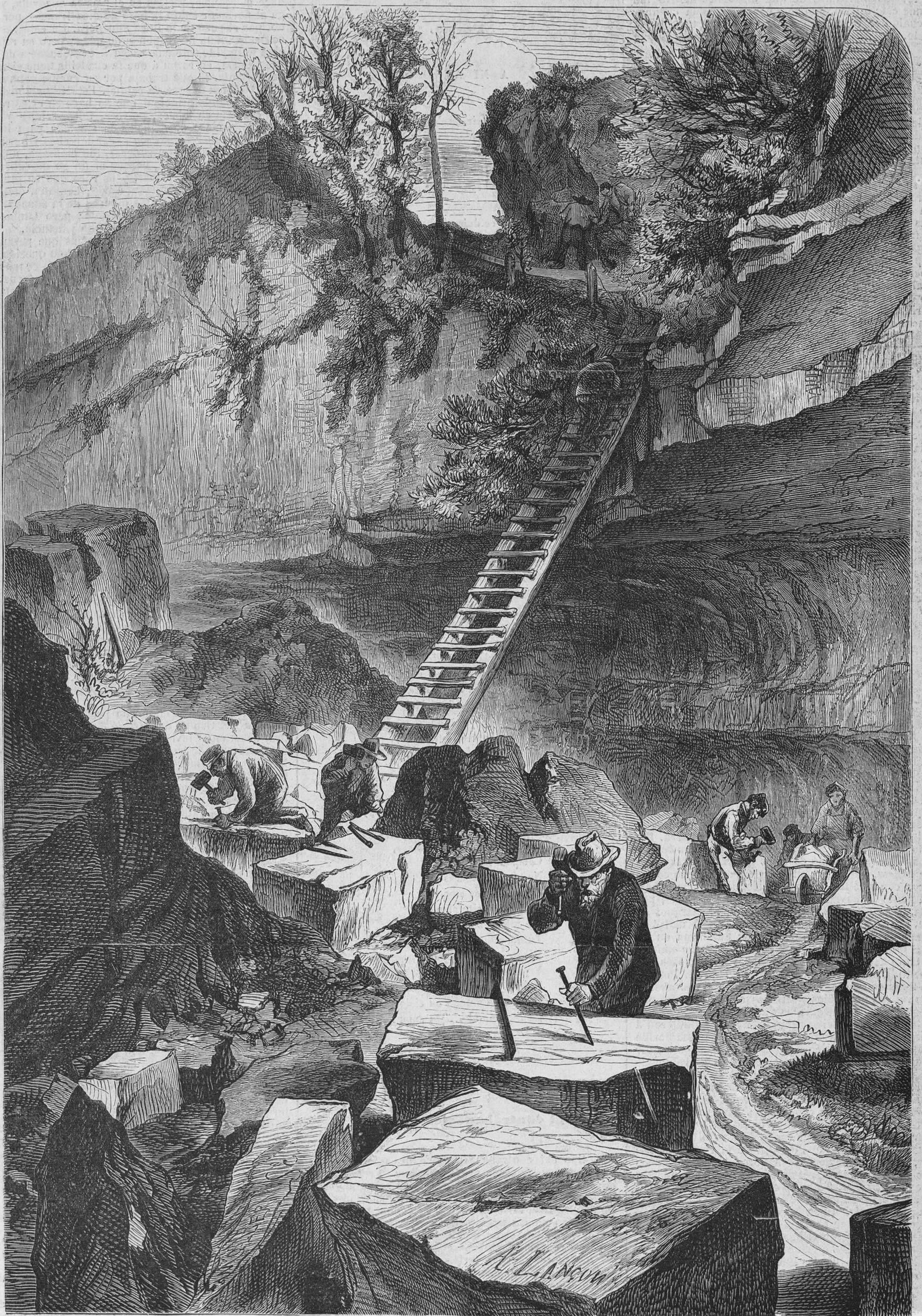
Si el aduanero ha oído algo ó sorprende con su linterna sorda la pista de los contrabandistas, pronto lo notan, pues el aduanero se arroja con precipitación á seguir la huella. Pronto resonarán algunos tiros, no para herir al contrabandista, que no puede ser visto en la noche, sino para llamar á las brigadas del contorno. El contrabandista va á intentar un supremo esfuerzo para ganar terreno, y, no obstante los peligros del camino, la banda avanzará con tal rapidez, que á cada paso peligrará la vida de los hombres que la componen. Rocas, precipicios, barrancos, todo se atraviesa en las tinieblas con vertiginosa temeridad; pero las brigadas van llegando á derecha é izquierda, y ya no es posible salvarse sino individualmente. Los mas fuertes tratarán aun de salvar la mercancía, en tanto que los jóvenes esconderán los fardos. La banda se disemina, y cada cual trata de escapar como puede del peligro.

El contrabandista está aun muy lejos de verse perdido. La respiración silba en su garganta. Su cuerpo está cubierto de sudor; mas nada le detiene. Los aduaneros se acercan. ¡Ay de aquel que pierde la cabeza ó que no tiene aliento, si no encuentra un agujero donde ocultarse, una zarza para suspenderse al borde del abismo! Tendrá que pelear, pues el contrabandista no se rinde hasta haber agotado sus fuerzas en una lucha cuerpo á cuerpo. Los palos van á llover sobre sus costillas, y si no se libra prontamente del aduanero con quien lucha para proseguir su carrera, otros le caerán encima. En este caso el pobre diablo no tiene mas remedio que rendirse.

Una vez prisionero, su enemigo no le hace ningún daño, y hasta beberán un trago juntos.

Los pobres contrabandistas que se han dejado capturar, dan tiempo de huir á sus compañeros; pero los fardos arrojados en la fuga se pierden, pues si los aduaneros sospechan en donde están ocultos, hacen buena guardia en aquellos sitios.

Llevan al contrabandista preso á un puesto de la aduana, donde toman la primera declaración, y de allí á la cárcel. Cuando este percance le sucede á la entrada del invierno, el mal está compensado con pasar



OBRAS DE CANALIZACION EN LA PÉRDIDA DEL RÓDANO. — Aspecto de las zanjas.



A. J. ANCON

Albino S.

LA ADUANA Y EL CONTRABANDO EN LAS MONTAÑAS DEL JURA. — Contrabandistas saltando el Valsérina.

los meses de frío en el encierro, meses que son terribles para su oficio.

El encierro es largo, porque no tiene para pagar la multa; pero una vez en libertad, ha hecho ya su primera campaña, y en ese caso es contrabandista de primera clase. No hay cuidado que deje el contrabando; es un oficio que apasiona á los que á él se entregan.

Y sin embargo, pocos se enriquecen; la azarosa vida del contrabandista termina por lo regular en el fondo de un precipicio ó en un torbellino de nieve.

A. L.

### Revista de Paris.

Así como en otros tiempos cuando se trataba de obras en Paris, todo eran proyectos, la mayor parte de ellos realizados, de embellecimientos y mejoras que dieron por resultado la creacion de una ciudad casi completamente nueva; así en el día todos los planes de los arquitectos y los ingenieros tienen por objetivo distintos trabajos encaminados á hacer de Paris una plaza fuerte inexpugnable. Desde que fué preciso capitular por falta de víveres, se ha pensado lógicamente en extender el radio de los puntos fortificados de Paris hasta un extremo que sea imposible el asedio, ó cuando menos que queden dentro del recinto espacios suficientes para instalar grandes parques de ganados destinados á la alimentacion pública. Ya han podido estudiarse muchos de los proyectos formados con aquel fin, y, segun se anuncia, el gobierno presentará muy luego á la Asamblea nacional un plan definitivo, que exigirá un gasto de 300 millones de francos.

Se construirán, pues, veinte y tres fuertes, muchos de ellos en posiciones indicadas por las que ocuparon los prusianos para el ataque; y estos fuertes principales, de una importancia análoga á la del Monte Valeriano, estarán apoyados por una serie de obras secundarias, reunidas entre sí mediante un ferro-carril de circunvalacion, situado en el departamento de Sena y Oise, á una distancia de Paris, que llegará á 20 kilómetros.

La capital se encontrará así con una triple defensa, á saber: el recinto continuo, los fuertes y los reductos.

Quizás el lector se preguntará si por acaso la Francia piensa en una nueva guerra, cuando tan lejos está todavía de haber cicatrizado sus heridas; pero á la verdad, aun haciendo abstraccion de toda iniciativa por su parte en una lucha ulterior, con solo echar una ojeada al estado general de la Europa, se comprende muy bien que se tomen medidas de seguridad en favor de Paris, que, por la desmembracion que ha sufrido el territorio, se halla expuesto á servir de campo de batalla, si, de un modo ú otro, hubiera otra guerra.

Con efecto, apenas hay nacion que no aumente y reorganice sus fuerzas militares.

Un diario alemán contiene sobre este punto cálculos curiosos.

La Alemania está en vísperas de aumentar sus ejércitos con 400,000 hombres, y la Rusia, que, comprendiendo las tropas irregulares, contaba 1.309,000 hombres en pié de guerra, tendrá con el nuevo sistema una fuerza de 2.992,809 hombres á su servicio.

En Francia no está decidida aun la nueva organizacion militar; pero es de creer, que, con las reformas que se estudian, llegará el ejército á la cifra de 1.400,000 hombres.

En Italia, cuyos cuadros comprendian hasta hoy 519,630 hombres, inclusa la reserva, se propone levantar una fuerza que llegará á 800,000 hombres.

El ejército turco, que en pié de guerra tenia hasta ahora 270,000 hombres, con las milicias, se elevará á 600,000 hombres.

Finalmente, la fuerza militar de Inglaterra, en el interior, será de 300,000 hombres, segun el proyecto de M. Cardwell.

Solo en Austria no se habla de aumento.

En suma, cuando esté terminada en todas partes la nueva organizacion sobre las bases que acabamos de indicar, el establecimiento de guerra de los ejércitos europeos se elevará, de 6.166,000 hombres, que es la cifra actual, á mas de diez millones de soldados.

Tal es la perspectiva que ofrecen las naciones.

No extrañemos, pues, que la Francia se arme, que prepare un formidable plan de defensa, y que trate de hacer de Paris una plaza fuerte, única en el mundo.

La Asamblea nacional votará seguramente los créditos que se necesitan para llevar á cabo los proyectos militares.

Sin duda alguna menos esfuerzos tendrá que hacer el gobierno cuando se ponga á discusion semejante asunto, que los que hizo en la sesion de ayer miércoles 21 de

marzo, para conseguir la aprobacion de los capítulos del ministerio de Instruccion pública.

Tratábase de la subvencion de teatros, que, con la dotacion del Conservatorio de música asciende á 4.653,000 francos anuales.

En esta suma los teatros líricos figuran por las cantidades siguientes: 800,000 francos para la Grande Opera, 140,000 para la Opera cómica, y 100,000 para los Italianos.

En los actuales tiempos, en que la economía en los gastos es una necesidad, es una ley imprescindible para la Francia, podía temerse con fundamento que la mayoría de la Asamblea rechazara el capítulo de las subvenciones teatrales.

No ha sucedido así, felizmente para el arte y para los artistas; pero ha sido preciso disputar el terreno palmo á palmo.

Nada mas interesante que esta discusion, cuyo análisis pertenece de derecho á la crónica parisiense.

El primer diputado que usó de la palabra en contra fué M. Raudot, á quien se encuentra siempre sobre la brecha cuando se trata de cercenar el presupuesto de gastos.

M. Raudot no cree que el Estado deba subvencion ninguna á las empresas teatrales.

¿Por qué se ha de subvencionar un teatro de Paris, y no los de Marsella ó Burdeos?

¿Y qué teatros son los que reciben este apoyo? Justamente aquellos que frecuentan las clases ricas.

Uno de los mayores escándalos del régimen imperial, dice M. Raudot, ha sido la construccion de la Nueva Opera. En ese edificio inútil se han gastado 40 millones, esto es, los impuestos de muchos departamentos, y cada día hay que votar nuevos créditos para concluir el edificio. Que se acabe de una vez con las viciosas costumbres del pasado. No es posible aumentar los gastos de lujo. Si es cierto que esos teatros llaman á los extranjeros á Paris, segun se supone, que la municipalidad los subvencione, no el Estado.

Otro diputado, M. d'Osmoy, considera la discusion bajo un punto de vista general, y sentando el principio de que la gloria en las artes es la única que en el día le queda á la Francia, habla en favor de los subsidios, que jamás se han suprimido, ni aun en 1848. Si el municipio de Paris se sustituye al Estado, no redundará en favor del arte; lo que sucederá con este sistema, es que los cafés-conciertos y otros espectáculos de mala ley florecerán en lugar de los teatros, porque apenas tienen que pagar derechos ni tienen que llenar ninguna condicion artistica.

El conde Jaubert se enorgullece en llamarse un rural que no quiere tratar de cuestiones de arte cuando los vencedores de la Francia ocupan todavía una parte del territorio.

Llevamos luto por la Alsacia y la Lorena, añade el orador, y no es ocasion de favorecer á músicos y danzantes.

Aquí intervino el señor ministro de Instruccion pública, M. Jules Simon, y en un brillante discurso presentó la defensa de los sagrados intereses del arte.

En primer lugar dijo que no se trataba de la nueva Opera, que se trataba de subvenciones y no de construccion teatrales.

La cuestion es gravísima para las bellas artes y para los intereses inmediatos de la capital.

La subvencion no enriquece á los empresarios, y en prueba de ello citó el siguiente ejemplo:

M. Emilio Perrin ha tenido á su cargo la Opera, durante tres años y ocho meses, incluso el año de la Exposicion universal, y ha realizado un beneficio de 400,000 francos, teniendo 800,000 de subvencion y 100,000 del emperador, anualmente. Ahora bien, como en el día esta última no puede existir, el beneficio, con la subvencion presente, no sería para un empresario que expusiera grandes capitales, y sin las probabilidades favorables que tuvo M. Perrin, sino de 13,000 francos al año.

En la Opera Cómica es peor aun.

Si no hubiera tenido en 1869 mas que la subvencion de 140,000 fr. que hoy se propone, habria perdido 69,000 fr.

En suma, el ministro piensa que sin subvencion no hay existencia para los grandes teatros.

Por los años de 1830, el memorable empresario M. Veron tenia 620,000 fr., y entonces no se pagaba lo que hoy se paga á los artistas. Un cantante no cobraba mas de 25,000 fr. y en el día á precios mucho mas elevados se los disputan las empresas de las grandes capitales.

En Viena y en Berlin costean todos los gastos los soberanos. En Londres no hay subvencion; pero los teatros no están abiertos mas de tres meses y cada localidad cuesta una guinea.

Bajo el punto de vista comercial, el orador expone que la exportacion de las obras dramáticas es un gran interés para la Francia. Si se permite la decadencia del arte teatral, surgirán esas producciones de baja esfera que corrompen el arte y las costumbres y que son despreciadas en todas las naciones.

A juicio del ministro no hay mas que un medio de mantener el nivel del arte, y consiste en pagar á los tea-

tros para que pongan dignamente en escena las obras maestras.

Los teatros de Paris no deben correr á cargo del municipio, porque no son los teatros de Paris, sino de la Francia: si no hubiera teatro en Paris, no lo habria en Francia, porque faltarian los autores de Francia.

En conclusion, el ministro dice que el arte francés se refleja en el mundo entero; y que no habria nada mas funesto que añadir las ruinas intelectuales á las materiales.

En todo el universo se representan las piezas francesas, es un modo de influencia, una parte del patrimonio nacional que conviene conservar intacta. Antiguamente la Francia imitó á la España, á la Italia y á la Inglaterra: hoy la literatura representa aun las ideas y la influencia del país en todo el mundo: que jamás disminuya pues, el dominio intelectual de la Francia.

Esta elocuente defensa de los intereses del arte no logra, sin embargo, convencer á la mayoría de la Asamblea que parece inclinarse á adoptar una enmienda de Monsieur Jaubert, en la que propone una reduccion de 500,000 fr.; pero M. Beulé se lanza á la tribuna y con su brillante discurso consigue arrancar una votacion favorable á la integridad de las subvenciones.

Difícil es resumir tan bella improvisacion reañada con un magnífico lenguaje.

No, dice M. Beulé, la ópera no es un lugar de frívolos placeres, como se supone, es un lugar donde está representado el arte de una manera única, por la mas alta expresion del lirismo que la Francia ha sabido apropiarse de un modo tal, que ha venido á ser una de las grandes glorias universales.

«Yo no soy, dice, de los que no quieren ver en la ópera mas que bailarinas y trajes: yo veo allí la mas noble, la mas completa, la mayor expansion de ese soplo superior poético que se eleva hácia el ideal y se llama el genio lírico. Que vengan los principales talentos de Italia y de Grecia, que vuelva al mundo Píndaro, los espero en la ópera francesa. Contemplad ese conjunto que comienza por la sinfonia en la orquesta, con los infinitos recursos de la instrumentacion moderna; luego el poema, concepcion cabaleresca, histórica, religiosa, apasionada, donde palpita la humanidad, donde se desarrolla tal ó cual página dramática de los anales de la Francia. Con el poema escuchad el canto, esto es, el alma que vibra, el canto, ese arte divino, que nos han enseñado los italianos. Si, los italianos nos han enseñado y nos recuerdan sin cesar, cómo se debe cantar, cómo se hace valer la voz humana, y lo que es escribir para la voz, arte muy diferente del arte de escribir para la orquesta.

»Y despues del canto ¿qué mas ois? No solo artistas admirables, sino esos coros, todo ese personal, que contribuye á representar la historia, á expresar la vida en las ciudades, en los campos, en los claustros, en los palacios, ejército del arte, que parece haber resucitado á nuestra vista con los trajes, las armas y las formas del pasado. Novecientas personas viven en la Opera para expresar ese gran poema en accion como un pueblo que se transforma y se multiplica.

»Por último, vemos tambien el esfuerzo de todas las artes que prestan un concurso á la música: la arquitectura en las decoraciones, la pintura con las invenciones mas osadas, los efectos de perspectiva mejor combinados, los juegos de luz mas propios para transformar la ilusion en realidad, la escultura, el arte de los trajes, todas las artes pagan su tributo al arte musical, que en esos momentos manda y reina como soberano.»

M. Beulé recuerda seguidamente todas las glorias de la escena francesa, á la que han aspirado todos los talentos de primer orden.

Meyerbeer que fué en Alemania un compositor desconocido y en Italia un imitador, se hizo célebre en la Opera francesa. En vano le llamaron despues á Berlin; el autor de *Roberto el diablo* y de los *Hugonotes*, no supo componer allí otra cosa que el *Campo de Silesia*, ópera que murió al cabo de unas cuantas representaciones.

Para Rossini, la ópera de Paris fué la revelacion de nuevos horizontes, como lo prueba *Guillermo Tell*; y en cuanto á Verdi, se hace escrupuloso, estudia los recursos y la riqueza infinita de la orquesta, para dar en Paris las *Vísperas Sicilianas* y el *Don Carlos*.

¿Y la generacion de artistas que se forman, en pos de Auber, Halevy, Gounod, Feliciano David y Ambrosio Thomas, la esperanza, la venganza y el porvenir de la Francia, no merecen proteccion ninguna? Sí, por cierto, dice M. Beulé; que sepan que la Francia les tiene preparado un pedestal, y que ese pedestal es la ópera.

El efecto que produjo este discurso fué imponderable: no con aplausos, con aclamaciones bajó de la tribuna, el secretario perpétuo de la Academia de inscripciones y bellas letras, y la proposicion de reduccion del conde Jaubert fué rechazada por 444 votos contra 224.

Tendremos pues, en Paris teatros subvencionados, es decir, se mantendrá intacto el presupuesto de las conquistas intelectuales de la Francia.

Poco espacio nos queda para hablar de las novedades de la semana; y sin embargo, no queremos dejar para otro

dia nuestra impresion sobre las dos últimas funciones de los Italianos.

En el concierto del sábado oímos por primera vez esta temporada á la Alboni y á la Penco, la primera inimitable, como de costumbre, habiendo conservado todos sus medios de accion, su incomparable voz, su arte magistral en el canto, y la segunda, cual nunca la hemos visto, extraordinariamente superior á lo que era hace cuatro años. Cantó el bolero de las *Visperas Sicilianas* con una agilidad que la valió los mas justificados aplausos. Tambien nuestra celebrada compatriota la señora Ramirez consiguió el favor del público en la *Juanita*, cancion de Iradier que ejecutó con su gracia característica; en el tercer del *Matrimonio secreto* de Cimarosa, con la Penco y la Alboni, y en el quinteto de *Lucia*, con Guidotti, Verger, Tagliafico y Casarini.

El martes de esta semana se dió *Lucrezia Borgia*, en cuyo desempeño figuraban principalmente las señoras Penco y Trebelli, el tenor Guidotti y el bajo Bagaggiolo.

Este último que se presentaba por primera vez en Paris, precedido de una gran fama, ganó su causa desde las primeras frases. Su voz es bellísima, excelente su estilo y conoce la escena como un artista experimentado. Es todo un artista, la opinion en este punto es unánime.

No diremos lo mismo acerca del tenor Guidotti, que no tiene nada en su favor para agradar al público parisiense; pero en cambio todas las alabanzas que pudieran hacerse de la Penco serian inferiores á lo que se merece, no solo en cuanto al canto, sino tambien, y sobre todo, en cuanto á la expresion dramática. No hay rivalidad posible ni término de comparacion en lo presente: es una Lucrecia Borgia por todos conceptos admirable.

La Trebelli cantó el famoso brindis entre explosiones de aplausos.

Si con tales artistas no vuelven los brillantes tiempos del teatro Italiano de Paris, no será por cierto culpa de la empresa que ha sabido improvisar una compañía de este valimiento; pero por la animacion que hemos visto en las noches del sábado y del martes, es de creer que nos esperan brillantes funciones en esta corta temporada.

MARIANO URRABIETA.

### Memoria

LEIDA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL EN LA SESION PÚBLICA  
CELEBRADA EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1872, POR DON  
JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Excmo. señor: Nueve años há que en sesion solemne como la de hoy anuncié hallarse redactado ya un proyecto de reglamento general de archivos y bibliotecas, destinado al cuerpo de reciente creacion entonces. El proyecto fué presentado á la Direccion general de instruccion pública; fué examinado, modificado y sometido á la aprobacion del jefe, quien poco despues hubo de ceder su puesto, y el proyecto quedó abandonado. Cinco veces, si no me engaño, le cupo igual suerte: próximo á salir al público, salía del ministerio quien habia de ofrecerlo á la firma de S. M.; pero en el año último la obtuvo por fin á 3 de julio. En el tercer capitulo, que trata de los encargados de los establecimientos de archivos y bibliotecas, en su artículo 10 y en el párrafo sétimo del artículo, se nos impone la obligacion á que se da hoy solemne cumplimiento en esta Memoria, la cual no necesita sujetarse á la norma de las anteriores; aunque por las especiales circunstancias que concurren en esta casa debe acomodarse hoy, además de las disposiciones nuevas, á varias de las comprendidas en el reglamento particular antiguo que nos regia. La Memoria, conforme al último, ha de versar primeramente sobre el estado actual de la Biblioteca. Del de la nuestra, ya dije en el año pasado, refiriéndome al de 1870, que no era próspero: tampoco lo ha sido mucho el de 1871; pero ha sido hartó mejor; ha sido año de importante reparacion á lo menos. Atendida la casa en el pago de su consignacion para gastos cuanto ha sido posible al gobierno, hemos, en primer lugar, extinguido una deuda crecida, procedente de una compra de libros preciosos, y por lo mismo altamente caros, que ajustó la Biblioteca, obligándose á pagar en plazos, al principio del año 1868: uno de aquellos libros era la *Imitacion de Cristo*, que obtuvo el premio destinado á la mejor obra de tipografía presentada en la Exposicion universal penúltima celebrada en Paris: el precio de aquel libro solo fueron 25,000 reales; y los pocos ejemplares que todavia no se han vendido tienen ya, como es natural, coste aun mayor. Se han podido hacer considerables adquisiciones de que se hablará, y se han costado tambien diversas obras de carpintería necesarias, como una estanteria en el piso alto de la casa, el cancel de entrada, el aparador y las vallas para tener á mano y seguros los libros que se han de servir por la noche, y para conservar las mesas de los índices defendidas de la curiosidad no siempre

discreta de algun que otro aficionado á manejarlos por sí. Se han construido tambien dos atriles para leer en ellos mas cómodamente los tomos de periódicos y otros libros de gran tamaño; y se irán construyendo cuantos admita el reducido lugar destinado para ponerlos á disposicion del público.

Al estado actual de la biblioteca corresponde tambien manifestar que habiéndose concedido (para cooperar á la terminacion de los índices y desempeñar con mayor prontitud el servicio ordinario) el nombramiento de seis aspirantes que deberian por ahora servir sin retribucion sus plazas, únicamente se nos presentaron tres, y de ellos el uno se retiró tiempo há: la muerte nos privó además de un antiguo y muy estimable compañero; pero habian ingresado antes en la casa dos ayudantes, uno de segundo y otro de primer grado; de modo que los tres individuos que necesitábamos en el año anterior los necesitamos en este, y, como es natural, se ha de resentir de la falta el servicio del establecimiento.

Pero otra mayor, la necesidad mas grave de él y que mas influye en su actual estado, es la del ensanche de este edificio. Cuando el rey Don Fernando VII lo compró con el jardin inmediato, la casa antigua, rehecha en gran parte luego, bastaba para el número de libros que poseia la biblioteca real entonces, y para los cortos aumentos que iba recibiendo cada año: aun así el director de ella, el doctísimo eclesiástico señor don Francisco Antonio Gonzalez, que por su propia mano escribió los tres tomos en folio que componen el índice nuestro de manuscritos, habia conocido la necesidad que habria de sobrevenir de tener que agrandar el depósito de nuestros libros; y destinando el jardin al ensanche, habia economizado ya para la obra cuando murió unos 800,000 reales. El jardin de la Biblioteca fué despues adjudicado á la real botica; posteriormente ha sido devuelto á la Biblioteca; y proyectada la obra, presupuesto su coste y hecha cala y cata del terreno, solo falta para principiarla que se nos proporcionen los fondos precisos votados por las Cortes constituyentes. No solo no caben ya en la Biblioteca nacional bien los libros que vaya adquiriendo, sino que tiene muchos estantes con filas dobles de volúmenes que no pueden ser manejados ni servidos sino trabajosa y, sobre todo, lentamente; muchos hay en unas piezas con poca luz que sirvieron antes de cuadras; otros en el desvan; otros, en fin, en sótanos que en parte se nos han vuelto húmedos; y aunque se han retirado lo posible de las paredes y del suelo invadidos por la humedad los libros que mas peligraban, parte de los que tenemos en estas impropias localidades están atados en legajos ó amontonados en pilas, porque no caben de otra manera.

La sala del piso bajo, señalada con el número IX, aparece (que no debiera) ocupada con dos filas de armarios bajos á lo largo de ella; la tercera, la cuarta y la quinta en este mismo piso se ven atajadas para ocultar la poco elegante forma de otros armarios ó escondrijos indispensables; retratos y multitud de mapas yacen arrinconados ó arrollados por falta de muro donde se cuelguen. Todas las bibliotecas públicas de Madrid ofrecen mas comodidad y mayor decencia para el servicio que la nacional, es decir, la que tiene mas derecho á ser atendida, porque, sin llegar á lo que deberia, es á lo menos el depósito de libros mas considerable que hay en España destinado al público. Ofrecida nos está y principiada la biblioteca nueva, que ha de ser con el tiempo el mas bello ornato de la antigua carrera de Recoletos; pero mientras dura su construccion, esta casa necesita urgentemente un desahogo, un suplemento. Alzado en ese, que antes fué jardin, y ya ni aun parece corral, el pabellon ó depósito provisional de libros que necesitamos, no solo se podrian escoger, colocar y servir cómodamente los que tenemos no duplicados, sino que podremos con igual desembarazo recibir, colocar y servir los que se reciban aquí en diez ó mas años, término en que podrán ver concluida la Biblioteca nueva los que vivieren. La concurrencia daría á este centro de instruccion gratuita, algo mas numerosa aun este año último que el anterior, y que apenas puede ya crecer, porque no hay mesas ni sillas bastantes para los concurrentes, reclama el ensanche que há tiempo se pidió y nos fué concedido.

La concurrencia á la Biblioteca nacional, de que va hecha mencion, me conduce á tratar del servicio de noche. Seis horas de lectura de dia ofrecen á los estudiosos las otras bibliotecas públicas de Madrid; otras seis está abierta la nacional en mañana y tarde en los tres meses mejores del año; y cinco horas de dia, y de noche otras dos, en los ocho meses desde octubre á mayo inclusive. Este especial servicio va sujeto á condiciones tambien especiales, dictadas, así por una prevision necesaria como por economia forzosa. Alumbrar artificialmente una casa llena de libros desde el sótano á las guardillas, porque de los que hay en todas las localidades de ella se nos piden, hubiera sido gasto en grandísima parte inútil; buscar con luces de mano los libros, cuando casi todas las piezas están esteradas, exposicion grave y continua á un incendio. No es necesario indicar tampoco que para buscar los libros colocados fuera del alcance de la mano eran precisas dos personas en cada busca; una que alumbrase y otra que buscara, subida en escalera: forzoso ha sido establecer que los libros que han de leerse de noche hayan de ser pedidos durante el dia ó de una noche á otra. Para ello hay en la por-

teria de la casa papeletas numeradas bastantes, del tamaño de media cuartilla, y otras tantas menores con la misma numeracion. En una de aquellas escribe el lector el titulo de la obra que necesita, y deja la papeleta en la portería, llevándose por contraseña otra papeleta menor, señalada con número idéntico al de la mayor que ha dejado. Por estas, por las del pedido, se buscan las obras y se colocan en un aparador con dos como gradas, donde á cada tomo se pone entre las hojas, y sobresaliendo de ellas, una tira de papel fuerte, una especie de volante, con otro número igual tambien al de la papeleta del pedido y su contraseña. Vuelven á la portería las papeletas de los pedidos y se dividen por decenas para facilitar la devolucion; el lector presenta en la portería la contraseña numerada que se llevó: la cambia allí por la papeleta numerada, en que dejó expresado el libro que se le habia de servir; por la papeleta se le da en la sala de lectura el libro que tiene el volante con el número correspondiente; y habiéndolo recibido se coloca donde le parece. Durante los meses de invierno y primavera del año pasado se facilitaban para la lectura de noche cuantas papeletas se nos pedian; pronto vimos que no habia en la casa mesas ni sillas bastantes á tan crecido número de lectores: se sacaron mesas, que se colocaban cada noche donde únicamente cabian, en los huecos de los balcones despues de cerrados; aun fueron insuficientes estos suplementos de mal servicio, porque los lectores, que á falta de sitio mejor se colocaban en las mesas adicionales, quedaban demasiado lejos de las luces: fué, pues, preciso contentarnos con servir á menos para servir mejor. Desde la temporada última de otoño solo se conceden papeletas para lectura de noche á 120 lectores, que en realidad tampoco hallarian asiento ni mesa donde leer si vinieran los 120; pero todas las noches, todas indefectiblemente sin excepcion, falta un razonable número de aquellos, ya sea porque no cuantos quieren venir y piden su libro pueden realizar despues el loable propósito, ya porque algunos piden mas de un libro, y para dos ó mas no les alcanza el tiempo: codicia estudiosa perdonable, que, si tiene algo de culpa, lleva inseparable su pena. Reducidos á 120 lectores nocturnos, que nunca son los 120 por las bajas que he mencionado, pero que representan la busca de mas de 160 libros, porque muchos piden dos ó mas, claro es que el servicio de lectura de noche ha de ser insuficiente á las necesidades de una poblacion como la de Madrid, grande é ilustrada: ¿cómo entre 300,000 habitantes no ha de haber mas que unos 100 curiosos que de noche quieran leer de balde?

Resulta de esto que conforme van entrando los lectores de noche ponen el pedido para la siguiente, y el infeliz que no puede asistir sino tarde ó de dia se halla con que el número 120 está ya despachado, lo cual indudablemente prueba que hay en Madrid aficion notable al estudio, aficion que no puede satisfacer una biblioteca sola; y que es el estudio el que atrae aquí la mayoría de la concurrencia no se puede poner en duda, porque la mayor parte de los libros que se nos piden son de ciencias, artes é historia: algunos muchachos piden periódicos para leer las novelas de los folletines, pero son pocos; y debemos al cabo considerar que los que en cierta edad piden esos libros leerán otros de distinto género mas adelante: y es hartó mejor que empleen aquí dos horas en leer que en holgazanear en otra parte, si ya no es tal lectura holganza punible, porque esas horas se quitan al estudio de libros de una carrera; travesura que se puede temer, pero que no nos consta, y en la duda no nos inclinamos á pensar lo peor. Manejo ó trasiego mayor de libros produce necesariamente mayor deterioro de ellos; no es, sin embargo, en la traslacion desde los estantes al aparador y de este á los armarios donde los libros padecen mas: lectores hay que los tratan como si de propósito solamente vinieran á inutilizarlos. Años há que no parece por aquí un buen hombre que mordía los ángulos de las tapas; otro cuyas manos dejaban indeleble tizne en la mayor parte de las hojas; los hay que parece se deleitan en quebrantar los cartones del libro que se les da recién encuadernado, sobre todo si es de tamaño grande; otros escriben sobre ellos y los manchan de tinta; los manchan otros con letreros mas súcios que ella; otros, en fin, arrancan hojas y roban estampas. Repetidas veces lo tengo dicho, esta vez con mas esperanza que otras de ser atendido: son indispensablemente necesarios los celadores que antes hubo destinados á impedir tan graves abusos. Doctores y licenciados, personas investidas de títulos académicos ú otros equivalentes, como son los hoy empleados en esta casa, no pueden ejercer el cargo de sobrestantes, y los porteros tienen otras ocupaciones que les quitan posibilidad para ejercer esta vigilancia precisa.

Se sirvieron en el año 1871 al público 74,947 pedidos de libros; 50,248 con 1,712 manuscritos para lectura de dia, los 22,987 restantes para la de noche: de estos 63,112 en castellano, 6,945 en francés, 1,118 en latin, 211 en inglés, 207 en italiano, 192 en griego, 97 en alemán, 30 en árabe, 21 en hebreo, 5 en lengua bisaya, cuatro, en fin, en tágalo. Pertenecientes á ciencias y artes 38,362, á historia 12,721, á bellas letras 10,903, á jurisprudencia 6,418, á enciclopedias y periódicos 5,307, á teología 1,230.

(Se continuará.)

La nueva patria

DE LOS TRASPORTADOS FRANCESES.

En 1831, las islas Marquesas, *Nouka-Hiva*, se eligieron como lugar de trasportacion politica; pero su escasa superficie ofrecia poco porvenir a los trabajadores.

Hoy se ha reconocido que la colonia francesa de Nueva Caledonia ofrecia mayores ventajas bajo el do-

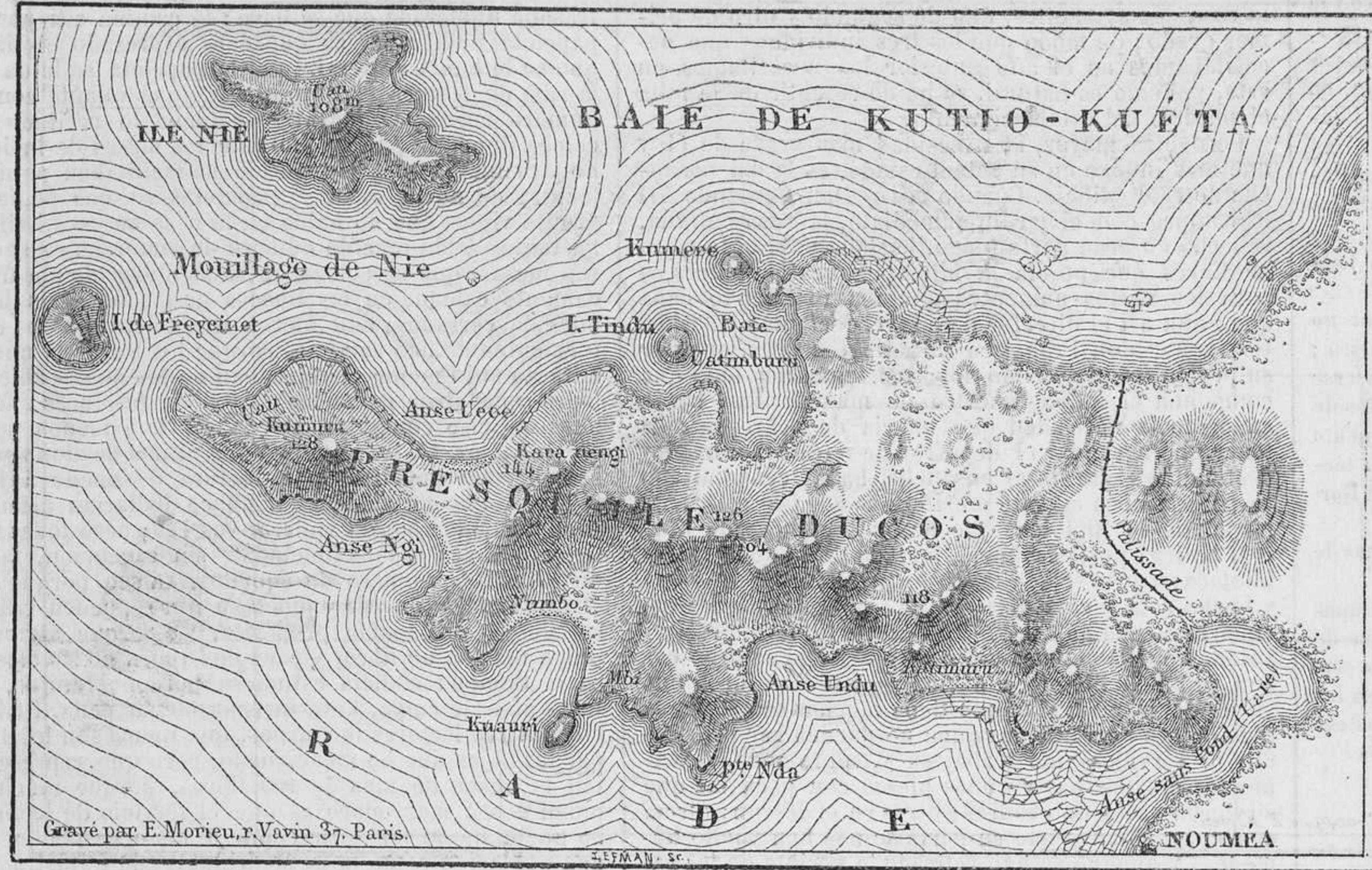
ble concepto de la salubridad y de la facilidad de instalacion de los sentenciados, que pueden encontrar allí recursos desconocidos en las islas Marquesas.

La Asamblea nacional está a punto de votar la ley que destina los establecimientos de la Nueva Caledonia a los trasportados politicos.

En cuanto la ley esté votada, emprenderán la marcha los buques.

Los condenados a trasportacion simple irán a la isla Kunié ó a la isla de los Pinos, y los demás a la península Ducos, que un recinto fortificado aislará del continente.

No todos los trasportados saldrán del mismo puer-



Mapa de la parte meridional de la Nueva Caledonia, á donde serán trasportados los delincuentes de la Commune.

LA NUEVA CALEDONIA.



Mapa de la isla de los Pinos.



Mapa de la península Ducos.

gro, en las faenas agricolas. La razon de este hecho se atribuye a la orientacion de la isla sudeste y noroeste que la expone a la accion constante de los vientos alisios del sudeste.

Los calores mas fuertes son en los meses de enero y febrero, y, sin embargo, nunca el termómetro sube a mas de 32º grados. Los meses mas frescos son los de julio y agosto, durante los cuales el termómetro señala por término medio de 16 á 18 grados.

En 1864 se hizo un primer ensayo de establecimiento penitenciario en la Nueva Caledonia. El 6 de enero salió de Tolon la fragata de vela *Ifigenia*, comandante Bertin, con 250 presidiarios elegidos entre los dife-

rentes cuerpos de oficios, y llegó el 7 de mayo siguiente á Puerto de Francia.

Los trasportados desembarcaron en la isla Nou, y fueron empleados desde entonces en las obras de instalacion de la penitenciaría y á las construcciones públicas de Puerto de Francia.

Siempre han disfrutado la mejor salud todos aquellos hombres.

Otro convoy de doscientos penados, elegidos entre los de condena perpétua, salió de Tolon el 20 de enero de 1866, á bordo de la fragata *Sibila*.

Desde el día de la toma de posesion, la Nueva Caledonia estuvo bajo la autoridad del comandante del

to; los buques encargados del transporte los recogerán en sus respectivos lugares de detencion donde ahora se hallan.

Se han tomado todas las precauciones oportunas para la mejor instalacion de los viajeros, lo cual es importante cuando se trata de una travesía de algunas semanas.

Habrà á bordo una biblioteca exclusivamente para ellos, y disfrutarán de todas las comodidades que pueden conciliarse con las exigencias del servicio.

Aunque situada bajo los trópicos, la Nueva Caledonia tiene un clima muy sano. Nunca son allí excesivos los calores, pues se templan con las brisas de tierra y de mar, que se hacen sentir alternativamente.

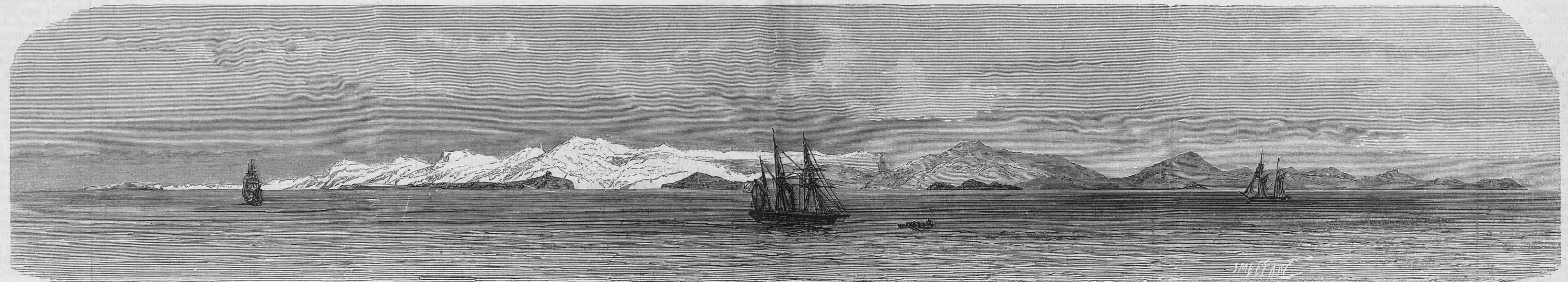
Los europeos pueden emplearse todo el año, sin ningun peli-

apostadero del Océano Pacifico, residente en Taiti, y fué administrada por comandantes particulares.

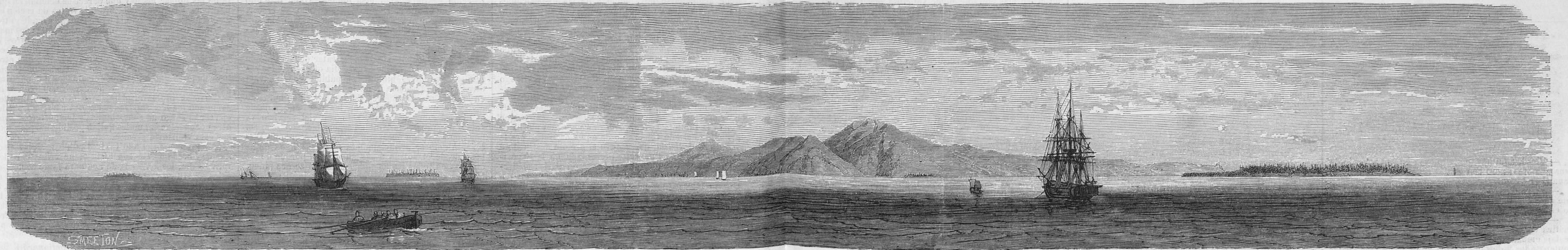
Sin embargo, por decreto del 14 de enero de 1860 se separó el gobierno de los establecimientos de la Oceania, y se erigió la Nueva Caledonia en colonia distinta.

La isla Kunié, futura residencia de los condenados á la trasportacion simple, á treinta millas al sudeste de la Nueva Caledonia, fué reconocida el 23 de setiembre de 1774 por el capitán Cook, que mandaba la *Adventure* y la *Resolution*.

El ilustre navegante dió á la isla Kunié el nombre de isla de los Pinos, por causa de los muchos pinos que hay en ella, llenando de verdura las costas. Por eso esa tierra, vista de alta mar,



La península Ducos.



La isla de los Pinos.



ofrece un aspecto extraño, pues antes de que pueda distinguirse la planicie de donde arrancan los troncos, se ven esas columnas vegetales que parecen salir del agua.

En esas aguas fondeó en 1837 *l'Alcmène*, y la tripulación de una chalupa, enviada á practicar un reconocimiento hidrográfico, bajo las órdenes de M. Devarenne y de M. Saint-Phalle, guardias marinos, fué degollada con sus oficiales por los indígenas.

En memoria de tan triste suceso dió el nombre de *Alcmène* á uno de los islotes que forman parte de la isla de los Pinos, M. Bouquet de la Grye, el eminente ingeniero de marina que mas ha contribuido á dar á conocer la geografía de esas comarcas remotas, y que levantó los mapas que en este número reproducimos.

El degüello de los marinos de *l'Alcmène* no quedó impune. Se castigó con la muerte á varios de los asesinos, y destruyeron sus cabañas.

Estos sucesos, no menos que los informes del conde de Harcourt, que mandaba *l'Alcmène*, y el deseo de poseer una colonia lejana que pudiera recibir establecimientos penitenciarios, decidieron al gobierno francés á apoderarse de la Nueva Caledonia.

Bajo este concepto, el 24 de setiembre de 1853, el contra-almirante Febvrier-Despointes, comandante en jefe de las fuerzas navales en el Pacífico, tomó solemnemente posesion de la Nueva Caledonia y de sus dependencias, á nombre de la Francia.

Gracias á la intervencion de los misioneros, los naturales se apresuraron á someterse.

En los numerosos arrecifes de la isla de los Pinos se perdió en la noche del 28 de abril de 1855 *l'Adventure*, mandada por el capitán de navío M. du Bourget, gobernador de los establecimientos franceses en la Oceanía.

Los misioneros instalados desde el año 1848 en la isla de los Pinos, en donde fundaron en Vacía un gran establecimiento religioso, llamaron á algunos indígenas, se pusieron á las órdenes del gobernador, y prestaron grandes servicios á la tripulación naufraga, segun leemos en la interesante noticia sobre la Nueva Caledonia, escrita por M. Avasse, del ministerio de Marina.

La isla de los Pinos está rodeada de bancos de corales, tiene una superficie de 30,000 hectáreas, y posee unos 900 habitantes, todos convertidos, y vestidos, lo que es indicio de un principio de civilizacion.

Muchas fábulas se han contado sobre estos habitantes. Es cierto que en los archipiélagos del Sur, como en la Nueva Caledonia, los indígenas eran antropófagos. Faltando el alimento animal en esas regiones, se comían á sus enemigos y aun á sus amigos.

Pero desde la ocupacion francesa se han introducido ganados, que se aclimatan fácilmente en el país, lo que excluye todo pretexto para el canibalismo.

Los trasportados pueden vivir tranquilos en este punto. Con tal de que no se devoren entre sí, tienen seguras sus vidas contra peligros de aquella especie.

Aunque contigua á la Nueva Caledonia, dice M. Jules Garnier en su obra sobre la Oceanía, la isla de los Pinos no ofrece ya las mismas condiciones climatéricas. La temperatura allí es mas baja y de mayor regularidad; el aire es muy puro y muy seco, y las tormentas casi desconocidas. No hay pantanos, y por consiguiente no hay mosquitos, ese insecto insoportable que tanto incomoda en las mas bellas regiones. En suma, es quizá el clima mas sano y agradable del mundo.

La península Ducos disfruta absolutamente de iguales ventajas.

Se ve, pues, que los trasportados estarán allí en las mejores condiciones, y que sus esfuerzos en tan fértil tierra podrán dar á los trabajadores pacientes é incansables, una vida holgada, que dulcificará en lo posible la ausencia de la antigua patria.

La Nueva Caledonia está en comunicacion mensual con la Francia, mediante el servicio de los vapores ingleses de la Compañía peninsular y oriental que van á Australia.

E. F.

### ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,002.)

— Mirad, aquí hay gente nueva; no me acuerdo de sus nombres; pero son gentes ricas. En esta casa vive aun Carr Vipont.

— ¡Vipont! ¡ah! ¡esos queridos Viponts! ¿Qué es de ellos? ¿Trepan, muerden, giran en torno del sol, ó están en la penosa operacion de un cambio de piel?

— Silencio, mi querido amigo; no empleéis vuestra sátira en unas personas con las que al fin y al cabo estais emparentado y que fundaron antes en vuestros antepasados y despues en vos una de sus mas gratas esperanzas.

DARRELL.

Teneis razon en parte, mas es preciso que sepais que si bien hace algunos siglos que los Viponts han buscado esposa en mi casa, por las venas del último descendiente de los Darrells, no corre ni una gota de la sangre de esos veletas. Perdonad. Reconozco el mérito de los Viponts, ninguna familia excita mas mi respetuoso interés. ¿Qué nacimientos, que muertes, que casamientos ha habido en la familia?

EL CORONEL MORLEY.

En cuanto á nacimientos justamente acaba de nacerle á Carr un nieto. Es el primogénito de su hijo mayor (que se casó el año pasado con una hija del duque de Halifax) jóven de porvenir y lord del almirantazgo. Carr tiene á su hijo segundo en los húsares, le acaba de comprar un grado; sus otros hijos aun están en el colegio. Tambien tiene tres hijas hermosas y muy bien educadas. A propósito, la mayor, Honoria, podría conveniros; tiene mucho talento, es muy instruida y se interesa en la política.

DARRELL.

No me gustan las mujeres políticas. ¿De quién es ese escudo funeral que se ve allí abajo?

EL CORONEL MORLEY.

El del difunto lord Niton, padre de lady Montfort.

DARRELL.

¡Lady Montfort! pero si su padre era Lindsay, y murió antes del diluvio. Que un diluvio ha pasado sobre mi cabeza y sobre el mundo que yo conocía, desde la última vez que pude contemplar el rostro de su viuda.

EL CORONEL MORLEY.

Hablo de la mujer del actual lord Montfort, el conde. Vos habláis del pobre marqués, el último marqués de Montfort... El marquesado se ha extinguido. Apesar de vuestras peregrinaciones, habreis oido hablar de la muerte del último marqués de Montfort.

— Si; he oido hablar de eso, respondió Darrell un poco bruscamente y bajando la voz. ¿Y de qué enfermedad murió?

EL CORONEL MORLEY.

De un violento y repentino ataque de anginas. Justamente se encontraba en aquel momento en casa de Carr, sospecho que debió recibir allí alguna impresion fuerte... Pero no hablemos de tan penoso asunto.

DARRELL.

¿Estaba ella con él en aquella ocasion?

EL CORONEL MORLEY.

¡Lady Montfort! No; rara vez estaban juntos.

DARRELL.

¿No se ha vuelto á casar aun?

EL CORONEL MORLEY.

No; pero aun es jóven y hermosa; no le faltarán pretendientes. Yo conozco á algunos que esperan presentar sus proposiciones. Hace diez y ocho meses que murió Montfort; justamente al mismo tiempo que se efectuaba el casamiento del jóven Carr. La viuda vive en completa reclusion en la casa que le ha sido asignada en su viudedad, cerca de Twickenham. A mi solo me ha recibido una vez desde que murió su marido.

DARRELL.

¿Cuándo?

EL CORONEL MORLEY.

Hará seis ó siete meses. Me preguntó por vos con mucho interés.

DARRELL.

¿Por mí?

EL CORONEL MORLEY.

Sin duda. Pero recuerdo que ella y su madre esta-

ban constantemente en vuestra casa. Es extraño que haya pedido noticias de vos. Deberiais conocerla mejor. Es la mujer mas afectuosa y el carácter mas bueno.

DARRELL.

Os creo; pero en la época de que hablais estaba demasiado ocupado para adquirir un conocimiento bien exacto del carácter de una mujer. Mejor hubiera podido conocer el carácter de su madre; y sin embargo, hasta en ese punto me equivoqué.

EL CORONEL MORLEY.

Fácilmente podiais engañaros respecto del carácter de mistress Lindsay, mujer encantadora, pero artificiosa; en lady Montfort, por el contrario, todo es natural. ¡Ah! si no tuviérais contra las viudas esa preocupacion tan poco generosa, esa era la persona que os iba á proponer.

DARRELL.

¡Una deidad de moda! una mujer bastante jóven para ser hija mia. Hé aquí lo que es la amistad de los hombres...

— ¿De modo que extinguido el marquesado, sir James Vipont, al que recuerdo haber conocido en la Cámara de los Comunes, hombre respetable, gran autoridad en punto á ganados, tímido, y que decía siempre: «¿Habeis leído ese artículo en el periódico de hoy?» es hoy el poseedor de los bienes y el título de conde?

EL CORONEL MORLEY.

Sí. Se temian disputas sobre la sucesion; pero sir James ha probado su derecho de la manera mas clara. Entre nosotros ese cambio ha sido para los Viponts una gran desgracia. El difunto lord era hombre de poco talento; pero en las ocasiones en que se le hacia aparecer hacia algun efecto; tenia maneras de gran señor, y por otra parte Carr administraba la influencia de la familia con un tacto admirable. El lord actual tiene los hábitos de un labrador, y su mujer participa de sus gustos. Ha arrebatado á Carr, no solamente la administracion de los bienes, sino tambien de la influencia de la casa, y la arruinará porque es un político de ideas del tiempo del feudalismo, á quien no se le puede hacer comprender nada. Jamás podrá él mantener unida y compacta la familia. Eso es muy triste. Yo recuerdo nuestra última reunion, por Pascua hará cinco años, que llenó de terror el gabinete de lord... La simple mencion que de ella se hizo en los periódicos dió que pensar á todos. El resultado fué que dos semanas despues se le hicieron á Carr proposiciones formales; Carr prometió su apoyo á los ministros, y se salvó el país. Hoy día, gracias á ese imbecil nuevo conde, hemos perdido en diez y ocho meses el terreno que nos faltaba conquistar hace siglo y medio. Nuestros votos se han dividido, hemos gastado nuestra influencia. Montfort-House está cerrado, y Carr, que ha dejado ya de ser temible, dice que en la crisis que se prepara, no solo se formará, sino que durará mucho para hacer un mal irreparable, un gabinete en cuyo seno no se contará ni siquiera un Vipont.

El coronel Morley siguió lamentándose; mientras tanto Darrell caminaba silencioso á su lado. Por último el coronel llegó á su puerta, y al asir el aldabon, auyentando de su pensamiento los peligros que amenazaban á la casa de Vipont y á la estrella de Brunswick, recordó los títulos mas modestos que tenia á su atencion la amistad privada; pero estos últimos se confundían en su pensamiento con otros intereses de un orden mas elevado, noble solicitud que todo verdadero patriota de la casa de Vipont alimentaba con la leche maternal.

— Vuestra aparicion en la ciudad, mi querido Darrell, es de las mas oportunas. Toda la familia pensará en el mejor partido que se podrá sacar de vos en la crisis que se prepara. Vuestra casa debe ser el centro de nuevas combinaciones. No olvidéis enviarme á Mills. ¿Puedo anunciar que pensais casaros?

— ¡Oh! ciertamente; divulgadlo en Charing Cross. — Bastará decirlo en el salon de un club. Perdonad, pero me hablarán de dinero cuando hable de casamiento. Yo no quisiera exagerar vuestra fortuna. Sé que deben ser muy considerables vuestros bienes, y todo libre, ¿no es así?

— Libre hasta el último chelin. — Habeis debido ahorrar mucho desde que os retirásteis á la vida privada.

— Ciertamente. Dick Fairthorn cobra mis rentas y corre con todos mis gastos: sobre la fe de su autoridad irrecusable podeis decir á las señoras que tengan interés en difundir ese secreto: «Treinta y cinco mil libras al año y un viejo loco.»

— No diré yo ciertamente un viejo loco, porque tengo la misma edad que vos, y si poseyera treinta y cinco mil libras de renta al año, me casaría tambien.

— ¡Os casariais! ¡viejo loco! dijo Darrell alejándose.

IV.

Cuando Guy Darrell se quedó solo en la calle, la viveza que había caracterizado su fisonomía, lo mismo que su conversación mientras estuvo con su antiguo compañero de colegio, desapareció de pronto e hizo lugar á una expresión pensativa, á una sombría meditación. Cualquiera hubiera dicho que acababa de representar un papel.

Teniendo poco deseo de volver á su casa solitaria, se puso á pasear maquinalmente; pero cuando la casualidad le llevó al centro de aquella larga y recta calle que une lo que formaba en otro tiempo los pueblecillos de Tyburn y Holborn, entonces separados, surgió de repente en su mente un pensamiento que ofreció un objeto á su paseo incierto.

Siguiendo la calle que se encontraba á mano derecha, descubriría al cabo de un cuarto de hora la humilde casa en la cual despues de su matrimonio, matrimonio que contrajo siendo muy joven, se había entregado á las graves ocupaciones de su profesión de abogado.

Entre aquellos de mis lectores que han llegado á la brillante cúspide de la gloria. (¡Ah! quién puede expresar lo difícil que es ascender...) (1) ¿Qué hombre de esta clase no se ha sentido atraído hácia el templo situado al pié pedregoso de la montaña en cuyo retiro tantos sueños dorados daban consuelo á sus irritados nervios? Como tenía ya un objeto Darrell aceleró el paso.

Ved cómo marcha sin ruido á la doble luz de los faroles de gas y de las estrellas, ese hombre de edad avanzada, pero que desgraciadamente para él conserva con demasiada tenacidad el amargo desencanto de su juventud y su viva sensibilidad por el dolor. Los faroles de gas están admirablemente colocados á igual distancia uno de otro; las estrellas parecían á la simple vista puntos luminosos sembrados en el espacio sin simetría ni método.

El orden establecido por el hombre, estando próximo á nosotros y siendo finito, aparece distintamente á nuestros ojos; por el contrario el orden establecido por el creador, estando lejano, siendo infinito, sale completamente fuera de la idea que el hombre se forma de lo que es el orden.

Darrell se detuvo vacilando. Había llegado á un sitio donde las mejoras introducidas habían alterado sus límites. La magnífica y larga calle proseguía donde en otros tiempos se detenía bruscamente para desaparecer en un laberinto de callejuelas; pero Darrell encontró sin gran trabajo su camino.

Volvió un poco á la izquierda y reconoció y admiró al paso en un edificio de blancas paredes, afectando el estilo griego, y adornado con una grille francesa de bronce, el museo transformado, donde iba en otro tiempo á la apacible biblioteca á robar algunos momentos al enojoso estudio del derecho.

Prosiguió su camino y atravesó el barrio inanimado de Bloomsbury, despues se internó en Podden-Place, allí podía creerse en los desiertos confines del Atlas.

Y á medida que avanza, la soledad es mas profunda... Ya ha llegado. ¡Qué calle tan tranquila! ¡Qué tristeza! No se ve ni un alma, ni un policeman. No se nota la presencia de ningún ser animado á excepción de un gato libertino, un corredor de tejados que se desliza misteriosa y rápidamente de un lado á otro. Guy Darrell debió bajar por esta calle con paso mas rápido y mas alegre el día en que por aquella extraña buena suerte que le había acompañado constantemente en su vida pública, fué llamado repentinamente á reemplazar durante su ausencia, á un abogado antiguo en el cual los tribunales de Westminster habían reconocido un maestro desde su primera causa...

Entonces marchaba con paso mas alegre, llamó á esa misma puerta delante de la cual se detiene en este momento, entró en la habitación donde estaba su joven esposa y á la vista de aquel rostro desapacible y triste al sonido de su voz lánguida y antipática, huyó á un gabinete interior, todo lo mas como un armario de grande y murmuró: ¡valor!

Si, valor para sufrir los disgustos domésticos que le atormentaban, á él que había suspirado por una voz de felicidad á la cual pudiera responder con un grito de alegría. ¡Qué casa tan pequeña! ¡Qué mezquino es su aspecto! Está cerrada; cualquiera diría que es muda y ciega. ¡Sin embargo, un hombre famoso ha nacido en ella! ¿Quiénes la habitan en la actualidad? Sin duda duermen, ¿tendrán sueños dorados? Habita en esa casa un ser luchando y trabajando ansiosamente á quien el hombre próspero pueda decir al oído «¡valor!»

Un corazón turbado, al cual una mujer fiel pueda decirle en baja voz: «regocíjate.» ¿Quién sabe? Londres es un poema maravilloso; pero cada una de sus páginas está escrita en un idioma diferente y aun no se ha compuesto el lexico que lo explique.

(1) « Ah, who can tell how hard it is to climb  
The steep where Fame's proud temple shines afar? »  
BEATTIE.

¡Ah! ¿quién puede expresar lo difícil que es ascender á la alta cúspide, en la cual brilla á lo lejos el espléndido templo de la gloria?

Guy Darrell vuelve á desandar lo andado á la luz de los faroles de gas y de las estrellas. ¿Le inspira pensamientos de orgullo esa comparación que hace interiormente entre lo que ha sido y lo que es en la actualidad, entre la pobre casa que acaba de ver de nuevo y la espléndida mansión á que se dirige? No parece que es así. No se nota ninguna expresión de orgullo sobre esos labios crispados, sobre esa frente que inclina la melancolía.

Darrell llega á una plaza tranquila: seguimos en el barrio de Bloomsbury, y ve enfrente una gran casa de respetable apariencia, casi tan grande como la que él habita en barrios mas aristocráticos, y á la cual se complace en diferir su vuelta, porque allí se ha de encontrar ante la soledad.

También en esa casa tuvo durante algun tiempo lo que se llama hogar doméstico. Cuando empezó su fortuna, cuando había conquistado un renombre y asegurado su posición, cuando aun no era miembro del Parlamento, pero ya ocupaba el primer lugar en el foro; cuando los cuerpos electorales le buscaban ya para su representante, cuando ya los ministros le agasajaban, cuando aun era joven, (el mas afortunado de los abogados) trasportó á esa casa sus dioses penates.

La residencia es digna de un príncipe de la toga. Y cuando habitaba esa casa, ¿hubiérais envidiado la suerte próspera de ese hombre? Envidiadle en el momento en que se aleja de su casa; pero cuando traspasa su umbral para penetrar en su interior, ¡envidiarle! envidiarle mejor á ese saboyano sin asilo y cubierto de andrajos que se introduce bajo ese pórtico, donde duerme con el brazo alrededor de la jaula que encierra su estúpida marmota. Ved sentada en ese gran salon una «pálida y elegante Aspasia»; aunque el rostro de esa esposa no es el de la mujer que se complace en quejarse. Miradla otra vez. En ella se advierte una expresión de ansiedad y de temor, algo de misterio y de astucia.

¡Oh! es una hermosa dama, una Vipont Crooke, que no se muestra satisfecha por ser la mujer del opulento, del gran M. Darrell. Quiere que él sea el marido de la hermosa y elegante Mrs. Darrell. Si él estuviera orgulloso de ella, como un marido debería estarlo de una mujer tan elegante, ¿habitaría aun en Bloomsbury? ¡Envidiarle! á él, el ilustre gentleman, tan fiel á la noble sangre que circula por sus venas, hostigado y herido con el mayor encarnizamiento por las vulgaridades morales de una mujer, á la cual seduce un vano lujo, que es en todo un remedo de las ladys Selinas.

¡Envidiarle! ¿Y por qué no? Todas las mujeres tienen sus debilidades; los maridos razonables deben tolerar y perdonar muchas cosas. ¿Es eso todo? ¿Qué significa entonces esa mirada furtiva de la esposa? ¿Ese semblante severo, indagador y duro del marido? ¿Ignorais que nada pone en moda á una mujer hermosa, ambiciosa de agradar y desterrada en Bloomsbury, como el tener públicamente por adorador un lord que es su dueño legítimo, y que dicta leyes en Saint-James?

Inaccesible á las tentaciones de la pasión, fria como el hielo para cualquier afecto, si su corazón pudiera animarse con el fuego de un sentimiento, aunque prefiriérase interiormente al esposo que ha escogido, que ha pretendido y ha conquistado, á pesar de todo esto, buscaría por coquetería el escándalo del deshonor.

¿Piensa en una evasión? ¡Oh! no, es demasiado prudente para esto, pero quiere que se la observe, que se la cite como á la hermosa Mrs. Darrell, de la cual está tan apasionado el Lovelace de Londres. Entra en tu casa, hijo altanero de los Dare-all. ¿Te atreverás á preguntar quién es el que ha salido antes? ¿Te atreverás á preguntar qué es y de dónde procede ese billete que una mano astuta ha ocultado? ¿Osarás hacerlo? acaso si: ¿y despues? ¿No puedes encerrar á tu mujer? ¿no puedes dar de puñaladas al Lovelace?

Encierra al aire, hiere á todos aquellos que con sus indiscretas palabras pueden poner en moda en el barrio de Saint-James á la noble matrona de Bloomsbury. ¡Vete, pobre legista, vete á estudiar tus pedimentos, á convertirte en un pergamino!

V.

Terribles pensamientos invaden de nuevo el corazón de Guy Darrell al contemplar esa grande y respetable casa, que le recuerda la violenta lucha que sostuvo en ella. ¡Triunfó! Pero la muerte combatió por él. En el momento en que iba á consumarse el último escándalo, un constipado que tendría origen en el baile de algun Vipont, se convirtió en fiebre, y bien pronto paró á la puerta de aquella casa un carro fúnebre para llevarse á la dama de Bloomsbury, antes de que pudiera llegar á ponerse en moda.

¡Feliz en su desgracia, el viudo que puede con confianza registrar el escritorio de la mujer que acaba de perder, seguro de que ella no le ha ocultado en su vida ningún secreto y que entre los papeles que ella ha guardado con el mayor esmero, no se elevará contra su memoria ninguna voz acusadora! ¿Envidiaréis á ese hombre de luto que recorre con sus ojos esos billetes perfumados; á ese hombre que por espíritu de justicia hácia la que ya no existe, está obligado á vencerse de que la madre de sus hijos solo era criminal de pensamiento, que el carro fúnebre ha llegado

á tiempo para llevársela, á ese hombre que solo tiene el miserable consuelo de entregar á las llamas los últimos pedazos de unas cartas contra las cuales su honor, tan sólido en sus propias manos, ha corrido riesgo de estrellarse por haber sido confiado á una mujer páfida y vana?

No, no envidiais ni aun la libertad que acaba de reconquistar, porque su memoria no ha sido sepultada con el cadáver de la culpable en su caja de terciopelo, y para las grandes y leales naturalezas, la pérdida de una persona es menos amarga cuando pueden consagrarla un recuerdo de triste ternura que cuando en su imaginación está asociada su imágen á un pensamiento de desprecio y de vergüenza.

La esposa ha muerto. ¡También ha muerto hace muchos años el Lotario! El mundo los ha olvidado; cuando el lector vuelva la hoja, hasta habrán desaparecido de esta historia, porque no tienen la menor influencia sobre los acontecimientos futuros que deben señalar el resto de la existencia de Guy Darrell.

Pero para este, que en pié delante de esa casa, entrega su pensamiento á la meditación, esos dos fantasmas están ante sus ojos bajo una forma tan distinta como si la vida los animara aun. Los contempla hasta que van alejándose lentamente. Las falsas sonrisas de sus débilmente delineados rostros, se van borando: sobre sus semblantes se extiende una expresión de terror... Ya se van extinguiendo, cada vez son menos perceptibles, se desvanecen.

Guy Darrell se alejó precipitadamente de la grande casa situada en la vasta plaza, y mas absorto cada vez en su meditación se alejó de su camino, á pesar de que las calles eran anchas y estaban bien alumbradas. Salió de su distracción al reparar que la oscuridad era cada vez mas profunda, y echando á su alrededor una mirada vaga conoció que se había perdido en un laberinto oscuro de callejuelas y pasadizos estrechos. Se detuvo debajo de uno de aquellos extraños faroles que iluminaban aquel barrio, reunió sus recuerdos sobre aquel Londres que había abandonado hácia tantos años, y permaneció un minuto ó dos indeciso sobre la dirección que debería seguir.

(Se continuará.)

Manifestacion de la ciudad de Lila

PARA LA OBRA DE LA LIBERACION DEL TERRITORIO.

La obra de la liberación del territorio prosigue su camino, aunque el gobierno no haya tomado su dirección. Quizás no le ha faltado razón para ello, pues bueno es que semejante obra, nacida de la iniciativa privada, conserve ese carácter privado que le permite aprovechar todas las inspiraciones del patriotismo. Con efecto, para llegar á sus fines el patriotismo emplea todas las formas. Se da, se pide, se abren suscripciones; los obreros depositan en el altar de la patria una fracción de su salario semanal; los empleados, los funcionarios, abandonan una porción de su sueldo. Aquí se organiza un baile, allí una comedia ó un concierto; en otra parte se hacen rifas, se pronuncian discursos, etc. Y esto sucede en toda Francia.

El domingo último se hizo en Lila una petición pública, que merece un dibujo.

El espectáculo era imponente.

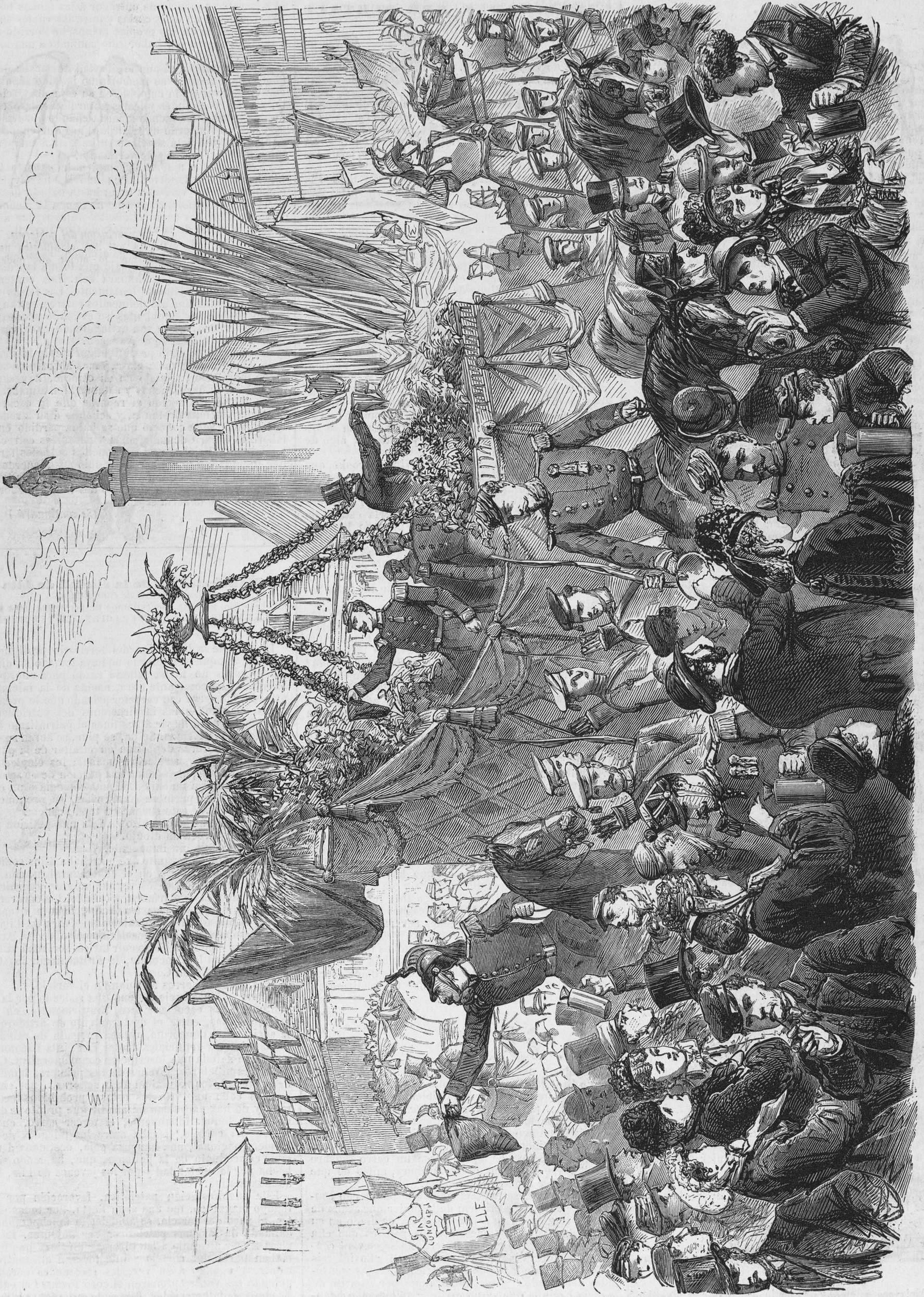
Era un inmenso séquito que marchaba á los sonidos de la música militar, y en el cual figuraban, con varios destacamentos de los regimientos de guarnición en la ciudad, la gendarmería á caballo, los coraceros, tropa de línea, artilleros, bomberos, toda la juventud de las escuelas y las diferentes sociedades de Lila, á saber: sociedad de Jeanne-Maillotte, ó de los Arcabuceros, sociedad del Porvenir Lírico, sociedad la Cecilia, sociedad la Concordia, la Fraternidad, los Orfeonistas y la Union Coral.

Tres grandes carros se veían en el cortejo.

El uno, el de Alsacia-Lorena, iba rodeado por la juventud de las escuelas; otro, muy elegante, en las primeras filas, entre el destacamento de artilleros y la sociedad la Concordia, estaba cargado de ramilletes de violetas artificiales atados con cinta tricolor, y en la que se leía una inscripción conmemorativa. Cincuenta ramilletes, jóvenes de las primeras familias de la ciudad, los regalaban á las señoras... por cinco francos cada uno. No les estaba prohibido recibir mas, y no hay necesidad de añadir que pronto se despacharon todos. Finalmente, el tercer carro, en el centro del cortejo, llevaba entre los pliegues de la bandera nacional, una inmensa caja, destinada á recibir el producto de la petición, que, habiendo sido hecha por la oficialidad y por los jóvenes de Lila, fué abundantísima.

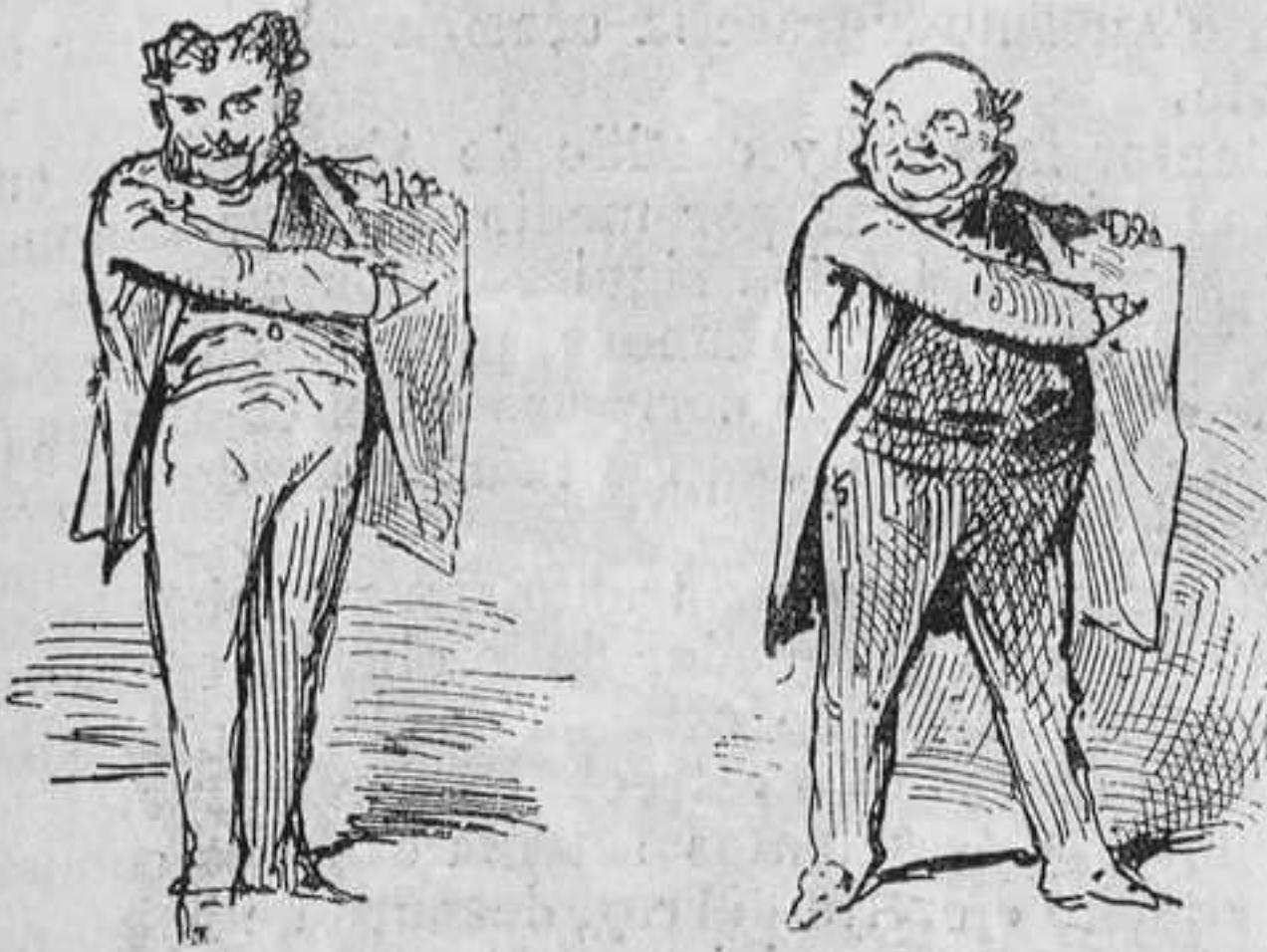
Esta manifestación patriótica, favorecida por un tiempo magnífico, fué una gran fiesta. Por todas partes, al paso del cortejo, se apiñaba la muchedumbre, animada de los mas patrióticos sentimientos. En la plaza Mayor aplaudió á las diversas músicas que formaban parte del cortejo y que tocaron alternativamente, y cuando á su vez, las sociedades corales, uniendo sus voces entonaron el coro *France!* el entusiasmo fué indescriptible. Lila se acordará largo tiempo de la manifestación patriótica del 10 de marzo.

C. P.



Manifestacion patriótica de Lila, el 10 de marzo, en favor de la liberacion del territorio.

ACTUALIDADES, POR BERTALL.

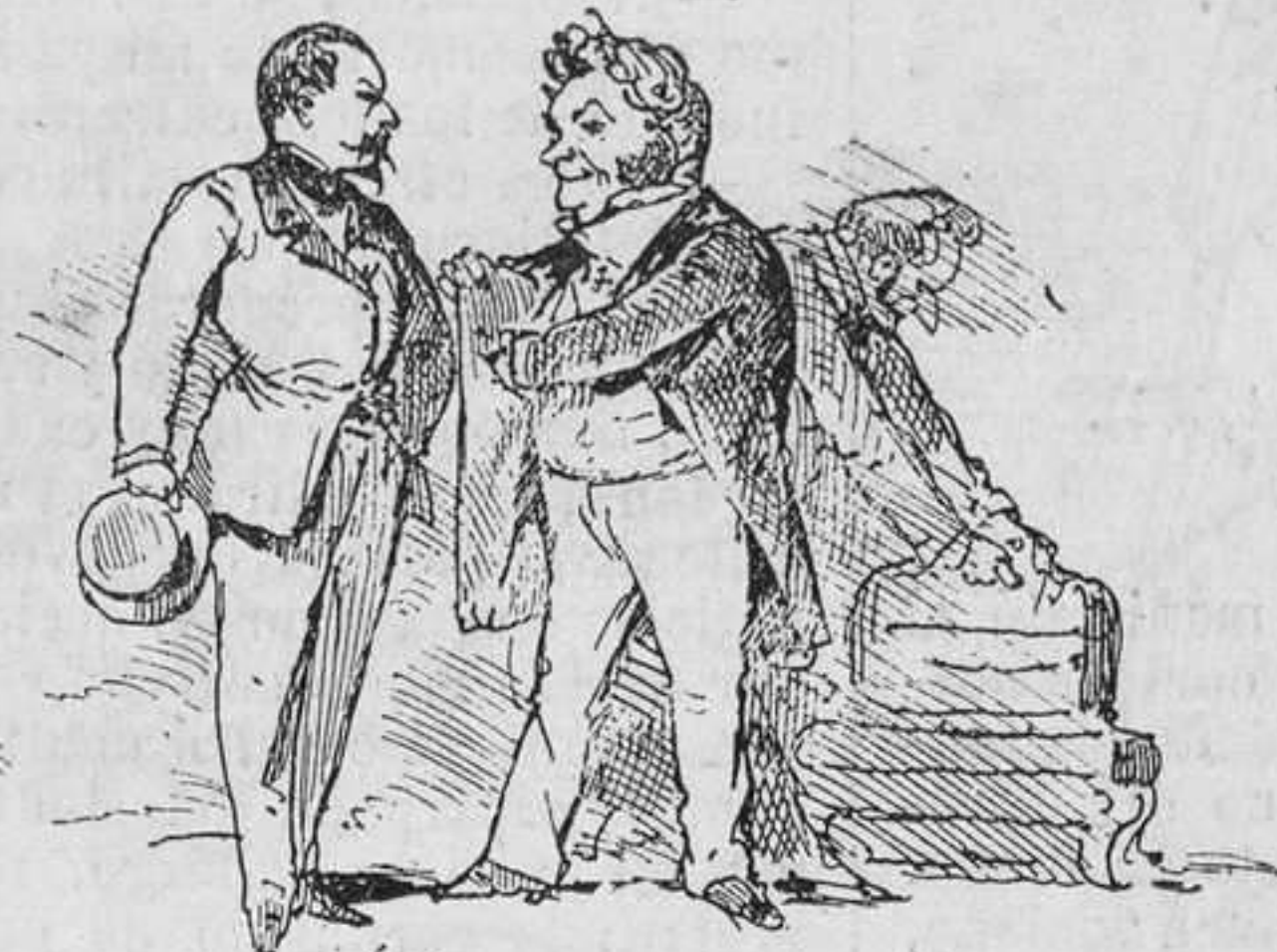


**La derecha.**  
Al fondo del bolsillo mi manifiesto: que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha.

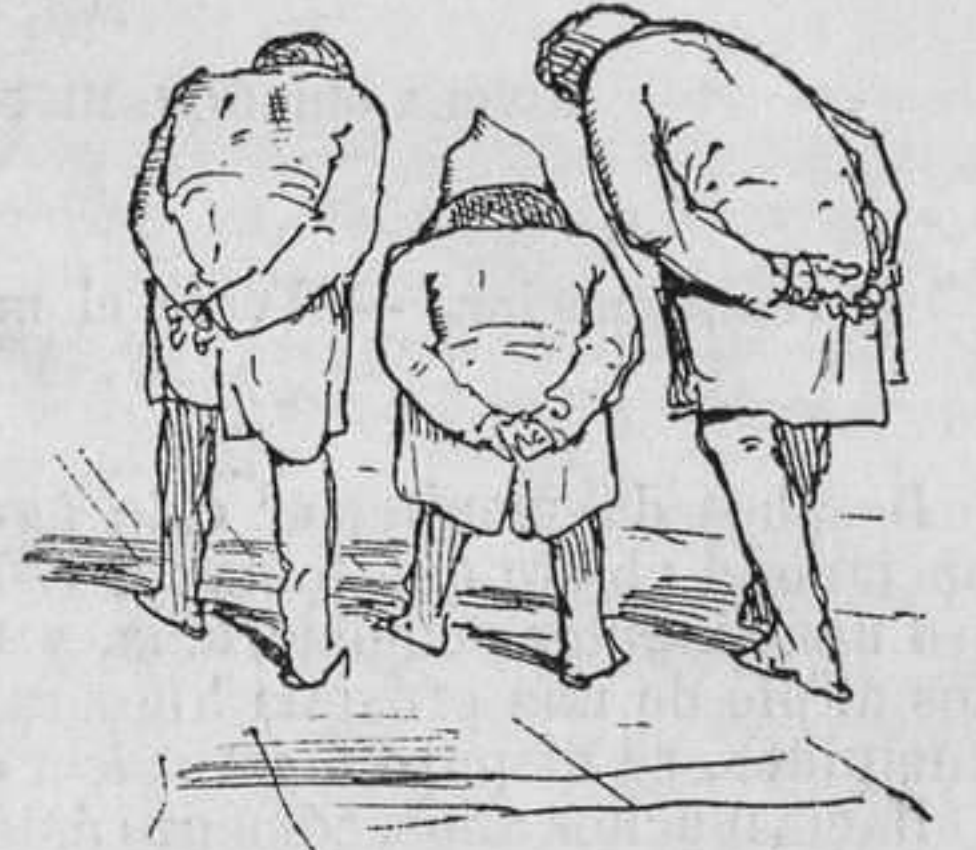
**El centro derecho.**  
Aquí está mi manifiesto, ¡chiton!



**La izquierda.**  
Veremos si hay un hombre tan osado que se atreva á pedirme mi manifiesto.



**El centro izquierdo.**  
Le digo á Vd. que mi manifiesto está aquí, y que no me lo quitarán ni á cañonazos.



**La conclusion del gobierno.**  
Puesto que los manifiestos no se manifiestan, lo mejor que podemos hacer es pascarnos.



**Reflexiones del hulano despues de la guerra.**  
¡Vaya un reló de pared que me ha tocado á mi! No vale seis francos. ¡Y para eso he recibido tres balazos en la espalda!...



**La esposa del diputado.**  
— Mira, es preciso acabar con un gobierno que no tiene córte para lucir los trajes; eso no es un gobierno.



**Los tenderos de comestibles.**  
Esto no marcha, necesitamos fiestas y que haya iluminaciones.



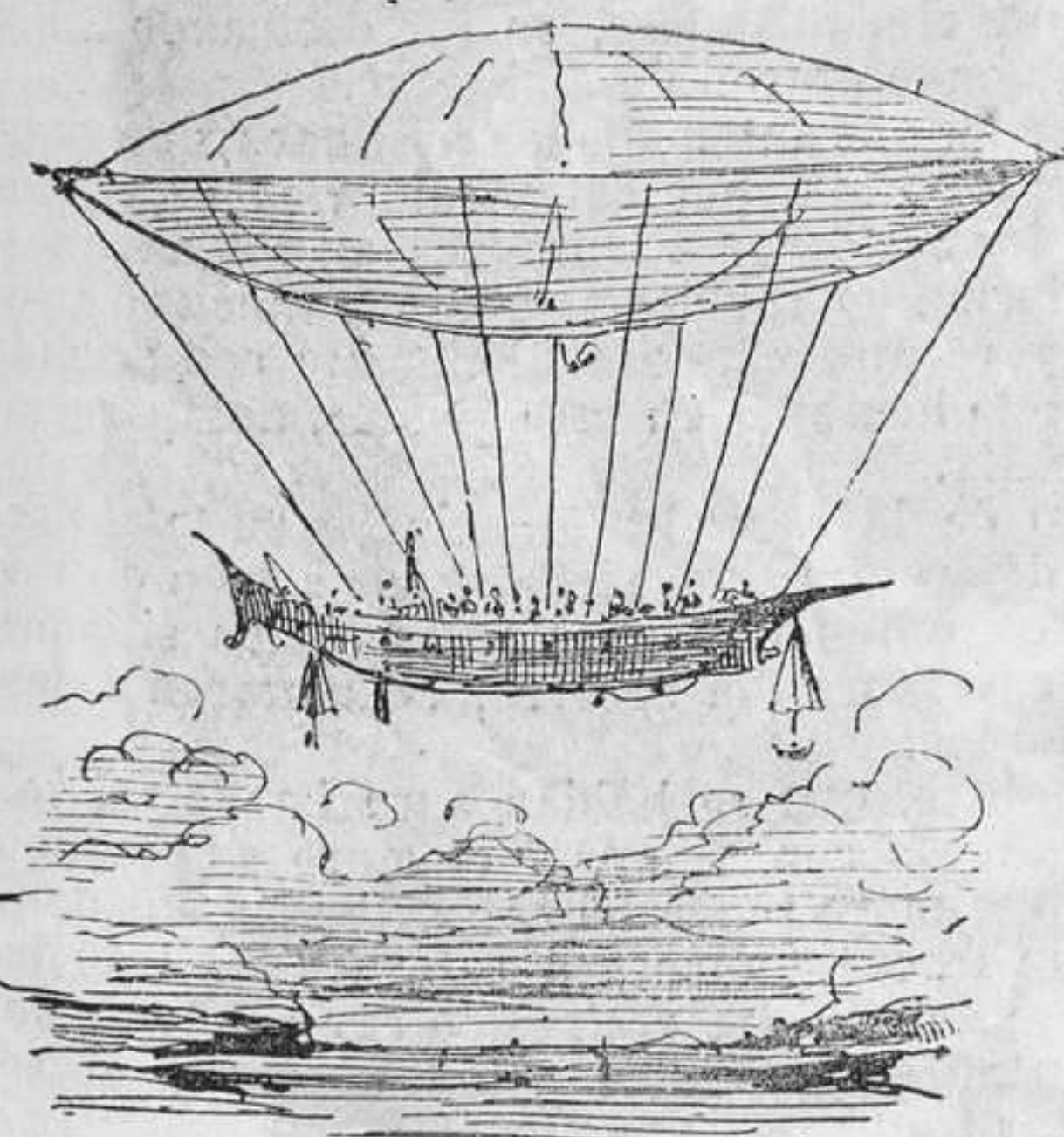
**Restauracion del Hotel de Villa.**  
— Dos alas al Hotel de Villa ¡qué idea!  
— ¡Si hubiera podido valerse de sus dos alas en 1874, muchas desgracias se habrian impedido.



**Suscripcion de las señoras de Francia.**  
— Es preciso agradar á nuestros enemigos para aplacarlos, y con este fin cada una de nosotras sacrifica su reló de sobremesa.



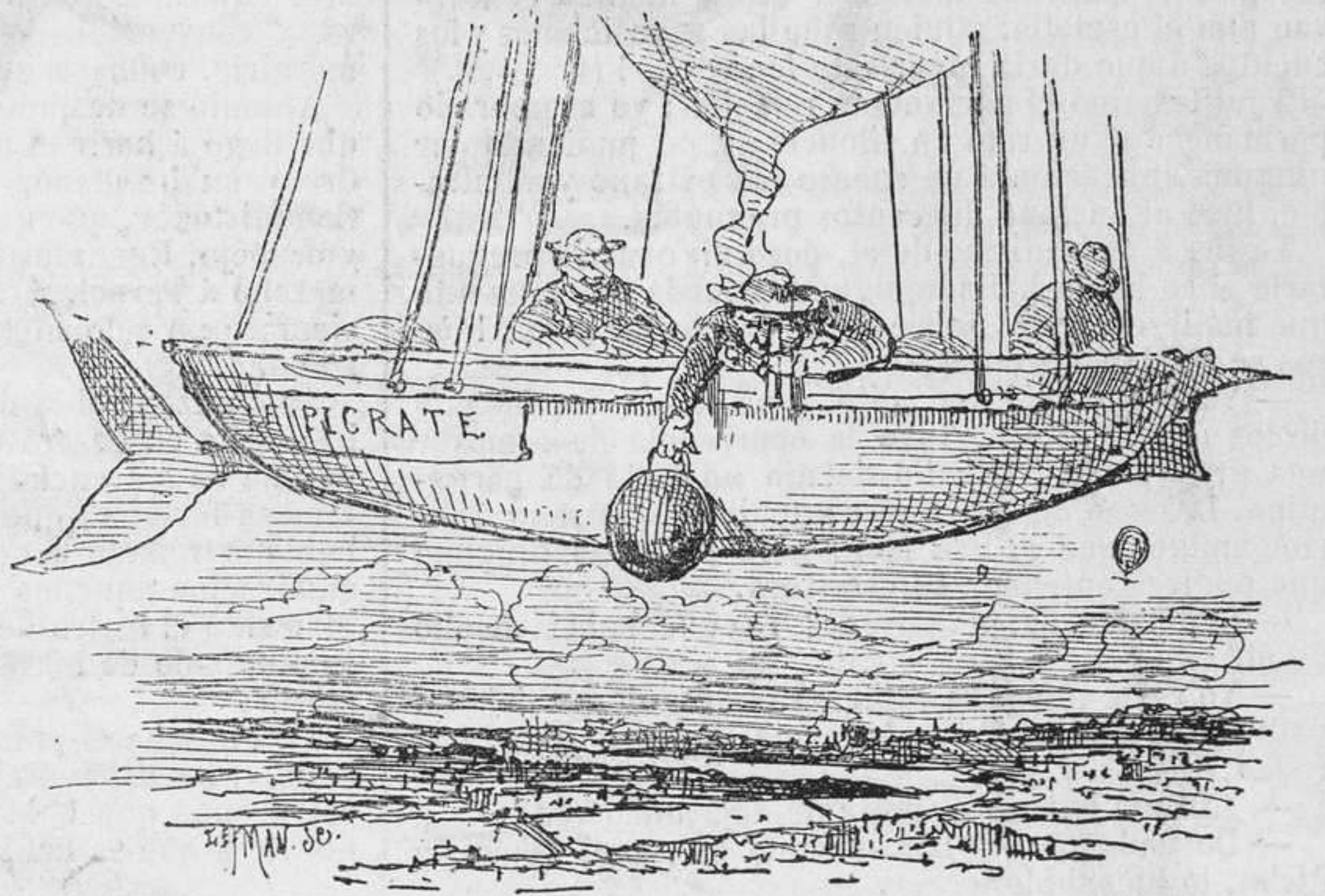
**Una representacion de Ruy Blas.**  
— ¡Es una tirantez insoportable!  
— Pues al diablo cuanto antes enviadle.



**Nuevo globo de Dupuy de Lome, para suprimir las fronteras, lo que traerá la paz universal entre los hombres.**



¡No faltaba mas sino que los franceses descubrieran la direccion de los globos! ¡Tendriamos que cambiar todo nuestro sistema militar!



Afortunadamente para la gloria de la humanidad, dentro de seis años, á la primera guerra, con un globo de hélice aleman, en tres minutos se podrá asfixiar á un ejército, una plaza fuerte ó una provincia entera y verdadera.

## La cueva de Benidoleig.

NOVELA ORIGINAL HISTÓRICA.

(Continuación. — Véase el número 1,002).

Después de manifestar este agasajo, manifesté al anciano el objeto que tenía mi visita, el cual demostró una singular complacencia, y trasladándonos juntos al pie de una próxima higuera para no ser interrumpidos, se dispuso á satisfacer con gusto mi deseo.

Hacia muchos años, comenzó á decir el buen anciano, que los propietarios y vecinos de este valle experimentaban por la falta de lluvias una terrible sequedad, que inutilizando enteramente su trabajo y aplicación, les había reducido á una triste y horrorosa miseria. Los pozos que abastecen á los pueblos del Marquesado se habían agotado, como sucede aun en la mayor parte de los estios; la fuente de O... sumamente disminuida, bastaba apenas á su industriosa población, y el corto pero inalterable manantial de la cueva de Benidoleig, distribuido á horas entre los pueblos mas escasos, daba algun corto alivio á su imperiosa y dura necesidad.

La permanencia del arroyo que la sequedad no había llegado á disminuir, la existencia del estanque y la falta de comunicacion visible con el de la cueva interior, pues la boca que ahora se descubre no se elevaba sobre la superficie del agua, habían dado lugar á la opinion de que emanaba de algun río subterráneo que corría por las entrañas de la sierra, y la esperanza de un hallazgo, que además de apagar la sed de tantos infelices, podía convertir en unas huertas fértiles estos áridos secanos, sugirió la idea de descubrir su origen.

Este plan, aprobado por los hidráulicos que se consultaron entonces, se puso en ejecucion el año 1768. Se principió pues por desaguar con cubos el estanque que habeis visto; el agua iba disminuyendo sensiblemente, y no se tardó en hallar un agujero en la peña que servía de término al estanque, el cual había estado oculto hasta allí, y por el que se descubrió la comunicacion del agua.

Alentada con este suceso la esperanza de los trabajadores, ensancharon con picos el agujero, y resueltos á penetrar por él, pisaron con valor un terreno, en el que creían con fundamento que nunca se habían estampado las huellas de los hombres.

Entran con efecto, reconocen la ancha y profunda cavidad, se adelantan aun por un ramal estrecho, y sus esperanzas son frustradas, pues solo hallan otro estanque que suministra caudal al primero sin indicios de corriente ni de río ninguno; pero ¿cuál fué su admiracion al tropezar allí con un pico de hierro, del peso de dos libras? lo toman; pasa de mano en mano, y ninguno de ellos puede creer lo mismo que está viendo y tocando.

La entrada estaba oculta, y era desconocida á los vivientes, ningun mortal había concebido, al entender de ellos, tan temeraria empresa. ¿Cómo pues había llegado hasta allí semejante instrumento? Cada uno formaba conjeturas, á cual mas disparatadas y ridiculas, y los mas sensatos convinieron en creer que el agua que veían tendría algun espacioso conducto que su corriente impetuosa en alguna ocasion lo habría debido arrastrar, y que disminuida con el tiempo su cantidad, lo había dejado en seco y á corta distancia de la orilla actual del estanque.

Pero bien poco tiempo prevaleció esta juiciosa opinion. Los investigadores examinan el terreno con mas viva curiosidad, varios despojos humanos se ofrecen á su vista, y una, dos, tres, y hasta doce calaveras, se recogen de distintos tamaños, cuyos dientes conservan aun el esmalte. ¿Quién sabe las suposiciones y los cuentos á que daría lugar este fenómeno! (1)

Aquí terminó el anciano su relacion; yo asombrado permanecí algun rato en silencio; y no pudiendo dar ninguna aplicación á un suceso tan extraño y admirable, hice al anciano diferentes preguntas.

Ya iba á despedirme de él, pero me ocurrió preguntarle si se había hallado alguna moneda ó documento que pudiese dar luz sobre los desgraciados cuyos huesos se habían encontrado.

— Yo era muy joven, dijo, y mi padre, que fué uno de los que entraron, tuvo la ocurrencia de remover una gran piedra, y halló debajo un rollo de pergamino. Deseoso de saber su contenido, lo enseñó á varios amigos que sabian leer; pero no halló ninguno que pudiese entender su escritura.

— ¡Un rollo de pergamino! Y ¿qué habeis hecho de él?

— Yo creo que debe estar en el arca donde dejó mi padre los títulos de pertenencia de esta corta heredad.

— ¿No me hariais el favor de dejármelo ver?

— De nada os serviría, porque ninguno, como he dicho, lo ha sabido leer.

(1) Este hecho verídico está consignado en la memoria de aquellos habitantes, y en la erudita obra del señor Cabanellas.

— No importa, siempre tendré un gusto en examinarlo.

— No quisiera se extraviase, porque lo aprecio como una memoria de mi padre, y un testimonio de que fué uno de los que entraron en la cueva.

— Yo os ofrezco restituirlo sin que sufra el menor deterioro.

— Si es así, procuraré buscarlo.

El anciano se levantó y se metió en su casa; se hizo largo tiempo esperar, y cuando ya me importunaba su tardanza, le vi salir con el rollo en la mano, me hizo reiterar la palabra de devolvérsele, y como ya tenia noticias de mi y de mi accidental residencia en el lugar de T... me lo entregó con confianza.

A este tiempo el sol ocultaba su disco detrás de la cumbre escarpada del Montit; rebotando de alegría con mi precioso hallazgo, me dirigí á mi asilo campestre; lo abrí lleno de curiosidad é impaciencia, y mi gozo se aumentó al ver que estaba escrito en caracteres lemosinos.

Los manuscritos de esta especie que había manejado en otro tiempo me daban esperanza de leerlo; pero el deterioro que había padecido con el trascurso de muy cerca de seis siglos lo hacia ininteligible en muchísimas partes.

Di principio pues á mi trabajo con un ansia increíble; apelé á varios expedientes para hacer resaltar caracteres totalmente borrados; supli palabras y completé periodos, y superando con constancia toda dificultad, hallé en el rollo la relacion siguiente:

### III.

#### LOS ALMUGABARES.

Apenas había cumplido diez y seis años Antonio de B... segundo hijo del conde de B... cuando su padre y su hermano mayor, á la cabeza de la gente de armas, que acababan de alzar, se disponian á servir á su rey en la conquista de Valencia. Desde muy niño había mostrado excesivo valor, y sus diversiones, sus entretenimientos, sus juegos, su robustez y su fuerza corporal anunciaban á un tiempo su inclinacion y su aptitud para la guerra. Inútilmente había hecho vivas instancias á su padre para que le permitiese acompañarle á una expedicion tan gloriosa.

Su cariñosa madre no podía resolverse á separarse de él, y destinado á acompañarla en una ausencia tan larga y peligrosa, debía enjugar sus lágrimas y servirle de apoyo, si el alfange enemigo la reducía á llorar un esposo y un hijo primogénito.

Las conquistas de Burriana y de Peñíscola, y la célebre batalla de Enesa habían inflamado su corazón, y los aprestos militares de los que iban á participar de tantas glorias acabaron de encender su imaginacion y exaltar su entusiasmo.

Iba á espirar la víspera del día señalado á la partida; Antonio había presenciado la reseña que había hecho su padre de las fuerzas que debía mandar, y no podía ya contener su ardimiento. Llegado á su casa, y arrojándose á sus piés:

— ¿Será posible, padre mio, le dijo con el acento del denuedo y del dolor, que cuando el reino todo, y hasta la Francia, la Inglaterra y la Italia se arman para tan santa empresa (1), me queráis defraudar la inmarcesible gloria de emplearme en defensa de nuestra verdadera religion, y pugnar á vuestro lado por arrancar de nuestro suelo la vil dominacion del islamismo? Me reservais, decís, para asistir á mi madre en su viudez y heredar vuestro título, si vos y mi hermano sucumbiéis en esa justa lucha; pero es inútil vuestro celo; la afliccion y la ignominia acabarán conmigo mucho antes que con vos la cuchilla agarena.

Las lágrimas con que acompañó estas últimas palabras enternecieron á su padre, y prendado de su aliento, y convencido del acervo pesar en que iba á sumergirse, condescendió en llevarle.

Antonio se despidió de su madre con una entereza que llegó á herir el amor maternal; partió con su padre y su hermano, y fué presentado en Huesca al Conquistador, que quedó prendado de su marcialidad y despejo. Reunido al ejército y á la comitiva del rey, marchó á Teruel, á Segorbe y Enesa (2), mostrando siempre un celo infatigable y un esfuerzo superior á su edad.

Su corazón rebosaba de gozo á medida que avanzaba; ardía en deseos de acortar la distancia que le separaba de los enemigos infieles, y cuando llegó á la famosa fortaleza que había sido el escollo en donde se había estrellado la arrogante media luna, recorrió con admiracion aquellos campos, que pocos días antes habían sido el teatro de nuestras glorias, y en donde un solo puñado de héroes había derrotado á cuarenta mil moros.

Preguntaba el punto en donde había comenzado la batalla, los diferentes sucesos de ella, el número de sarracenos que habían perecido, y el nombre de los nuestros que se habían distinguido particularmente, á

(1) San Luis, rey Francia, y Enrique III de Inglaterra, enviaron socorros, además de los aventureros de Italia y ambos reinos.

(2) Castillo sobre el Puig.

los que, llevado de una noble emulacion, deseaba aventajar.

Todavía trascurrieron algunos meses antes que el impaciente Antonio lograra la ocasion de mostrar su ardimiento.

Entre tanto, la villa y castillo de Almenara se entregaron al cristianismo por medio de negociaciones hábiles y secretas; á estos siguieron los castillos de Vall de Uxó, de Nules y Alfandec, próximos á Burriana, y el éxito de nuestras correrías en el campo de la ciudad redujo poco despues los fuertes de Betera, de Paterna y de Bulla.

El estandarte de la cruz tremolaba ya sobre todos los fuertes y torres al rededor de la ciudad, cuando el rey de Aragon determinó establecer el sitio de ella, para tomarla de asalto ó estrecharla á rendirse.

Mil hombres y trescientos setenta caballos componian el pequeño ejército del rey, despues de haber dejado la competente guarnicion en Enesa, y poniéndose á su frente se dirigió contra la populosa ciudad.

Resguardada esta por un fuerte y ancho muro, se hallaba defendida por Zaen y su ejército, el cual era tanto mas numeroso, cuanto que las correrías de los cristianos habían obligado á encerrarse en ella á los moros principales del reino.

Antonio, que por su juventud y nacimiento había merecido del rey una gran acogida, disfrutaba ya de las honrosas distinciones á que le hacian acreedor su valor y entusiasmo.

Unido á los valientes almugabares (1), ocupaba los puntos de mas riesgo y confianza; se presentaba al enemigo con una serenidad imperturbable, y valiente y obstinado en el combate, admiraba en el consejo con su ingenio y prudencia.

Llegó el Conquistador á las márgenes risueñas del Guadalaviar, que bañaba entonces la parte setentrional de la ciudad, se posesionó del arrabal de Ruzafa, á quinientos pasos solamente del muro, y fortificándose allí con todos los recursos que ofrecía en aquel tiempo el arte de la guerra, aguardó los socorros que de sus reinos y de los extranjeros esperaba.

Con efecto, cada día aumentaban las fuerzas del ejército del rey. El Aragon, Cataluña y la Guinea concurren con sus respectivos contingentes; la Francia y la Inglaterra enviaron socorros, y aventureros de todas estas partes y de Italia, vinieron voluntariamente á aumentar el número y poder del ejército cristiano, y á derrocar el dominio de la gente agarena.

El Conquistador, infatigable, hostilizaba sin cesar al enemigo, y hacia correrías en todas direcciones. Atacó y tomó á Silla, dos leguas mas allá de Valencia; intimidó y encerró á los infieles en el estrecho límite de sus muros, cercó la plaza enteramente, y preparó las máquinas para combatirla con furor.

El intrépido Antonio buscaba solicito los riesgos; se encontraba donde quiera que había que luchar y combatir, y se señalaba cada día con nuevas y brillantes proezas.

En este estado fué cuando la escuadra tunecina intentó socorrer la ciudad, y se presentó atrevidamente delante de su puerto para inutilizar los esfuerzos de los campeones de la fe, y trastornar los planes del invencible Jaime.

Mas este, que á su acreditado valor unia la prudencia y la pericia necesarias, dejó parte de sus tropas en defensa de sus respetados y fortalecidos reales, destinó otra á observar al enemigo y sostener las máquinas que tenía ya asestadas contra el muro, y puesto al frente de la restante, acudió al puerto á frustrar las tentativas del sarraceno.

Doce galeras y seis fustas se presentaron á la vista, se aproximaron á tierra, y anclaron á muy corta distancia. A media noche encendieron linternas, y con el estruendo de muchos atabales dieron noticia de su llegada á los de la ciudad.

Estos correspondieron con trompetas y añafles, y el rey, deseoso de dar á conocer á los sitiados lo poco que le imponía la llegada del socorro, mandó que se hiciese lo mismo con mayor estruendo y alegría, y se encendiesen muchas hogueras en torno de la plaza por el ejército cristiano.

Dos días estuvo la armada en el puerto, y como ninguno de la ciudad saliese, se fué costeano á Peñíscola, en donde osaron desembarcar.

Mas advertidos de antemano los cristianos, que guarnecian esta fortaleza, por extraordinarios expedidos por el rey, los arrojaron á lanzadas; en los alfaques, á la inmediacion de Tortosa, pagaron tambien su atrevimiento; y reembarcándose finalmente con pérdida de diez y siete hombres en este puerto, desaparecieron de la costa.

El castigo de la escuadra tunecina, y su total desaparicion, dejaron al Conquistador en estado de volver todas sus miras contra la plaza; y los sitiados, perdida la esperanza del socorro, comenzaron á desalentar y decaer.

Las máquinas, que se habían aproximado ya, volvieron á moverse con vigor, y el muro empezaba á ceder; pero el moro reparaba con actividad sus deterioros, salía frecuentemente á estorbar los trabajos y apoderarse de ellos, y, rechazado con valor, no encontraba en nuestros puntos y reales sino el escarmiento y la afrenta.

El muro, agujereado al impulso de las máquinas,

(1) Los almugabares eran la guardia de á caballo del rey, y vinieron ciento setenta al sitio.

ofrecía ya paso para un hombre. La ciudad empezaba á escasear de viveres, Zaen ofrecía algunos partidos que estaban muy lejos de contentar al Conquistador; el ejército de este constaba ya de sesenta mil infantes y seiscientos caballos, y los ataques eran sangrientos y continuos.

Un día que las máquinas golpeaban la muralla rícidamente, una banda de ballesteros colocados detrás arrojaba saetas á los que se asomaban al muro para impedir que hiriesen á los que las movían, y Antonio de B... á la cabeza de algunos almugábares sostenía el trabajo contra las salidas que en su desesperación solían hacer los sitiados.

De repente se abre la puerta de la Xerea, y una nube de caballería sale de ella para acometer á los cristianos.

Antonio oye sus voces y alzando antes de distinguirlos, vuelve la cabeza á todos lados, los descubre, y enristrando su lanza y animando á los suyos, corre á ellos con la velocidad del águila y la fuerza del león.

A su primer encuentro atraviesa y derriba al jefe de los moros, que ha tenido la temeridad de adelantarse, y su lanza, hecha astillas á la violencia del golpe, salta á una grande elevación.

Los moros, prevalidos del accidente, le acometen con una saña sin igual; mas los almugábares llegan, el combate se traba, Antonio tiene tiempo para echar mano á su espada, y con ella hiere, mata y destroza cuanto tiene delante.

El número cede ya al esfuerzo, á la pericia y al valor; los moros flaquean, vuelven grupa y huyen á la ciudad. Antonio y los suyos les siguen y acuchillan; llegan á la puerta Xerea, penetran por ella mezclados con sus cobardes enemigos, y todavía dentro de la ciudad les siguen al alcance.

Mas el grupo numeroso que persigue se divide y dispersa por diferentes bocas calles. Ellos conocen la importancia de subsistir unidos, y faltos de objeto, se vuelven á la puerta, que temen con fundamento encontrar ya cerrada.

Blandiendo pues sus sangrientas espadas, y al galope sobre sus fogosos caballos, cubiertos de espumoso sudor, se dirigen por las mismas calles á la puerta, y Antonio, que para vencer toda oposición en la salida se había también colocado delante, había levantado la celada, y á la gallardía de su cuerpo unía la belleza de su rostro, hermoso uno y otro del aparato militar.

Señoreando el terreno que había sido el teatro de su victoria, y pisando sus víctimas, corre presuroso á la puerta, que ve abierta todavía; el ruido de una ventana le hace alzar la vista, y en la rapidez de su marcha solo puede distinguir un rostro interesante, que se oculta al mirarlo, pero cuyas hermosísimas facciones se imprimen vivamente en su memoria.

La guardia de la puerta había huido intimidada á la vista del destrozo que los almugábares hacían en los suyos; Antonio y su escolta salieron por ella sin ninguna oposición, y fueron recibidos por sus compañeros de armas con aclamaciones lisonjeras.

El rey, enterado del suceso, quiso oírlo de boca de Antonio, y admirado de tanta bizarría los colmó á todos de distinciones y de elogios.

## IV.

## LA CAPITULACION Y LA CINTA.

Retirado Antonio á su tienda, meditaba con placer todas las circunstancias del hecho con que había ilustrado su nombre; los honores que el rey le había dispensado, las afectuosas demostraciones que había merecido á su padre, y finalmente el respeto y admiración con que era admirado por sus compañeros de armas.

Todo esto lisonjaba ciertamente su amor propio, y le hacía disfrutar una justa satisfacción; pero esta no era tan intensa y tan pura como la que con menos motivo había sentido en otras ocasiones; una inquietud secreta, una pena indefinible venía á acibararla, y su corazón, demasiado joven é inexperto, no podía conocer ni sospechar la causa.

Algunas veces contemplaba las facciones de aquel rostro, que solo había visto esconderse, y su memoria se las ofrecía con igual perfección que si las estuviese mirando.

Un recreo desconocido le hacía prolongar este recuerdo; buscaba la soledad para ocuparse de él, le importunaba la presencia de los que podían distraerle, y un deseo de volver á ver aquel objeto principiaba á turbar su reposo.

Pocos días después el buen éxito de su empresa, y las alabanzas que había merecido, indujeron á otros cristianos á tentarla de nuevo; pero el astuto y cauteloso moro, escarmentado ya, guarneció bien la puerta, y atrayendo al sitiador á una parte del muro que tenía coronada de gente, hizo en él un doloroso estrago.

Antonio, que había estado ocupado en otro punto, fué sensible á la desgracia que habían sufrido sus compañeros; pero no dejó de sentir una especie de complacencia involuntaria en ser él solo, que, con sus almugábares, había penetrado hasta allí en la ciudad.

La penuria de los sitiados aumentaba cada día, y

los partidos que había entre los moros acrecentaban el embarazo y lo crítico de la posición en que se hallaba Zaen; pero este no hacía sino proposiciones despreciables, y el sitio continuaba con mayor obstinación.

Una ligera herida que recibió el rey Conquistador en la cara, queriendo contener por sí mismo el ardor de sus tropas, llenó de orgullo á los infieles; pero un suceso muy distinto los humilló bien pronto, y apresuró el término de la lucha.

Dos animosos capitanes, codiciosos de gloria, determinaron atacar con sus solas compañías la puerta de la Boatella, sin dar parte á su rey, y con vaivenes arietinos arremetieron una mañana secretamente á ella. Las máquinas no pudieron hacer mella ninguna, y no solo padecieron muchísimo por las saetas arrojadas de la torre que tenía la puerta á su lado, sino que saliendo los moros de improviso y en tropel, les obligaron á retirarse con gran pérdida.

Reprendióles el rey, pero temiendo el aliento y el orgullo que podrían los sitiados cobrar, mandó publicar para el día siguiente el asalto de la torre.

Verificado con todo el auxilio y las fuerzas necesarias, resistió esta á todas las medidas que se emplearon, y los moros, engreídos, lejos de acceder á rendirse, rehusaron el auxilio de los suyos y cerraron la puerta para defenderla por sí solos.

El rey entonces recurrió á las granadas de alquitrán, y arrojó muchas por encima de la torre y las troneras; los moros que la defendían, turbados con el humo, y no pudiendo dar con la puerta, murieron ahogados, y prendido el fuego en el maderamen de la torre, cayó entonces á tierra con estrépito.

Este golpe acabó de abatir á los sitiados, que, destituidos de toda esperanza de socorro, y faltos ya de viveres, veían cierta su perdición.

Determinados á rendirse, lo intimaron á Zaen, este, que no carecía de fundamentos de temor por el partido que Abuceyt conservaba, no quiso exponerse á una sublevación que arriesgase su vida ó añadiese á su conflicto, y envió un sobrino suyo al real de los cristianos, con poderes suficientes para arreglar los capítulos ó condiciones de la entrega.

Al otro día se enarbó en la torre del templo el estandarte real de los cristianos; los moros obtuvieron cinco días de término para salir de la ciudad con sus equipajes y familias, y confinados á la orilla derecha del Júcar, se les otorgaron ocho años de treguas.

Era la víspera del Arcángel San Miguel, cuando el rey de Aragon y Cataluña, acompañado de los preladados, de los principales señores y los jefes del campo, y seguido de su lucido ejército, entró triunfante en la ciudad, con aparato y pompa.

Antonio, cuyos señalados servicios y reconocido valor habían contribuido á la victoria, iba detrás del rey, y á la izquierda de su padre. Montado en el arrogante alazan que había ya pisado la ciudad cuando entró por la puerta de Xerea, iba vestido de brocado. Su escudo representaba sus proezas, que el rey le había mandado grabar para perpetuarlas. Ceñía aquella espada formidable que se había teñido tantas veces de sangre sarracena, y su juventud, su estatura, su gentileza y talle descollaban en medio de la brillante comitiva del rey.

Si su maravilloso denuedo era cual un torrente impetuoso que rompía por todo en el campo del honor, su talento, su amabilidad, la dulzura de su carácter, y las gracias de su persona arrastraban las voluntades de un modo irresistible.

Pocos días después de la entrada del Conquistador, vino á cumplimentarle el antiguo rey de Valencia Albuceyt, el cual no solo le había instado á la conquista, sino que le había servido también para la entrega de algunas fortalezas con los moros de su parcialidad.

La suspensión de sus correrías contra los fieles, y la repentina mansedumbre en tratarlos, que anunciaron su próxima conversión, habían sido los motivos porque Zaen lo había derribado del trono. Este quiso presentar á S. A. á su hermana y sobrina, recién convertidas también, y se hallaban á la sazón Antonio y algunos señores de la corte, cuando Matilde y su hija María, acompañadas de Ceit Abuceyt, llegaron ricamente vestidas y cubiertas con un tupido velo. Apenas entraron descubrieron su rostro, y las piernas de Antonio flaquearon un momento al reconocer en María las facciones que se habían impreso en su memoria tan instantánea y vivamente. María no necesitó recorrer con la vista todos los circunstantes para fijarla en Antonio de B... y la agitación de su pecho, el encendido color de sus mejillas, y toda la expresión de una fisonomía admirable, descubrieron el fuego que su corazón abrigaba.

La distancia y el respeto anudaron sus lenguas; pero sus ojos desplegaron los recursos de la muda elocuencia del amor.

No le fué fácil á Antonio disimular el mal que su pecho adolecía. El apetito y el sueño huyeron de su mesa y cama; se eclipsaron su alegría y viveza, y el desasosiego, la inquietud y la pena comenzaron á despedazar amargamente su tierno corazón.

Su pasión participó desde luego de la energía é impetuosidad de su carácter, y el primer dardo del amor hizo en él una herida profunda y lastimera.

Mientras la hermana y la sobrina de Abuceyt estuvieron presentes, permaneció Antonio como sustraído á cuantos objetos le rodeaban, y absorto enteramente en su maravillosa hermosura; mas cuando estas se despidieron para restituirse á su casa, las acompañó

con la vista todo el tiempo que pudo, y las siguió después á corta distancia para averiguar su paradero.

Llegadas á su casa, y al ir á entrar en ella, volvió María la cara, y distinguiendo á Antonio fijó en él sus ojos expresivos é hizo una ligera detención, en la que mostró la violencia con que se apartaba de su vista.

Antonio gozó de estas tiernas demostraciones, como de unos felices anuncios de su correspondencia, y ni las facciones de su amante, ni el lugar de su morada le dejaron duda alguna de que era la misma que había visto cuando había entrado en la ciudad al frente de los valientes almugábares.

No es fácil describir el estado del apasionado Antonio al perderla de vista. Sus ojos querían penetrar al través de las rícidas paredes que le separaban de ella, y su corazón abandonar su cavidad y volar á su encuentro.

Desde entonces pasaba las horas del día rondando su casa y mirando sus ventanas y puerta; y aunque la inutilidad de sus continuadas diligencias para poderla descubrir, le apesadumbraba y abatía, le parecían largas y perezosas las horas de la noche, que ponían término á sus oficiosos afanes.

Muchos días hacía que procuraba en vano ver á su estimada María; el malogro de todos sus esfuerzos había debilitado la grata esperanza que había hecho nacer en su corazón la expresión de los ojos de su amada, y esto, exasperando la activa llama de su amor, comenzaba á alterar su salud.

El estado de ella había obligado á su padre á retenerle en casa, y dos días habían discurrido sin que el enamorado Antonio hubiera salido á rondar la calle de María, lo cual era demasiada privación para un corazón como el suyo, y para un carácter tan vivo é impaciente.

Aprovecha, pues, el tercer día de un rato de ausencia de su padre, sale de casa furtivamente, y se dirige al barrio donde habitaba María. Ya distingue las siempre cerradas ventanas de su casa, y su corazón palpita á la sola idea de aproximarse á su mansión; pero llega, un pequeño ruido como de descender un cerrojo se oye en una ventana algo baja, levanta la cabeza, y una mano, cuyo cútis excede en blancura á la nieve, le arroja un rollo de cinta verde, que, deshaciéndose al caer, viene á dar en el suelo.

Antonio se arroja precipitado á recogerlo, y ase la cinta por una extremidad para apoderarse de ella; pero otro, igualmente ligero, la ha cogido de la otra, y tira para arrancarla de su mano.

Antonio se vuelve á reconocer al atrevido que intenta arrebatarle tan apreciable prenda; el corvo alfange de un joven moro reluce ya en el aire, y él con la presteza del rayo evita el golpe, tira de la espada, lo derriba á sus pies, recoge la cinta, la coloca en su pecho, y parte presuroso.

## V.

## UNA CITA.

Pocos pasos había dado Antonio, cuando á los despechados gritos de su adversario sale de las casas inmediatas un número crecido de moros que le corta el paso y le acomete.

Antonio, con su espada, se pone en estado de defensa, resuelto á abrirse paso á todo trance; y con una inimitable agilidad, no solo para los golpes de tantos, sino que aun les quiere hacer sentir lo temerario del intento de atacar su valor. Mas el número de los contrarios aumenta con el ruido de los aceros y las voces agarenas; Antonio se va á ver cercado, su denuedo no le puede libertar, y debe sucumbir.

De repente se abre una puerta que tenía á su espalda, dos aceros mas hacen frente á sus enemigos, y cuando cree segura la victoria se siente coger por detrás y abrazado por la cintura, y levantado en alto con vigor asombroso, es introducido dentro y arrebatado á sus contrarios, sin que estos ni él mismo pudieran estorbarlo.

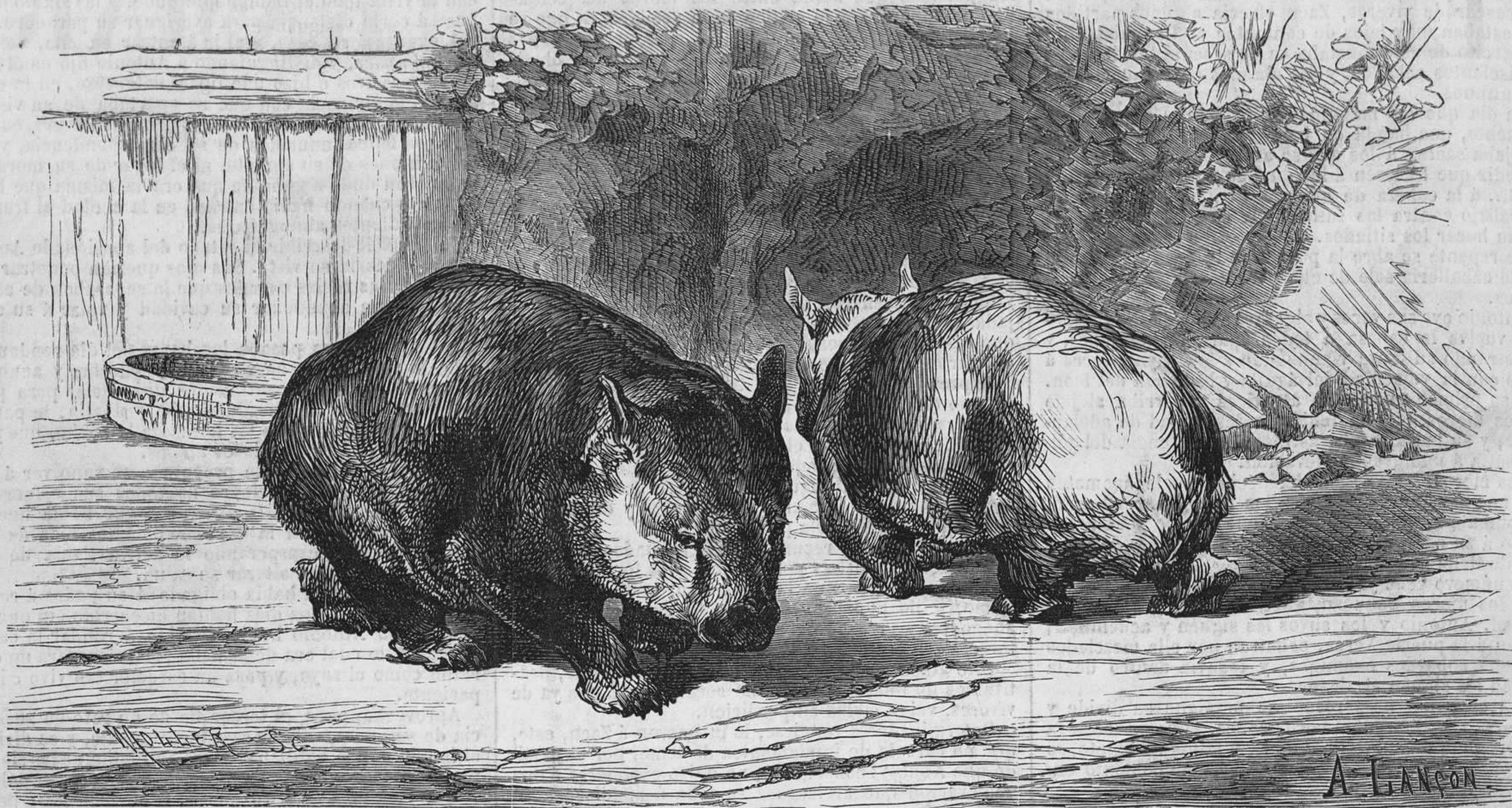
La puerta se cierra al instante, un espeso vendaje le priva enteramente de la escasa luz que penetraba en aquel patio, y cogido por sus conductores de las dos manos, le obligan á seguirle.

Antonio, conducido de este modo, hace reiteradas preguntas sin poder conseguir respuesta alguna; en medio de la violencia con que los que le guían se hacen obedecer, si nuestro héroe intenta resistirse ó hace esfuerzos para soltarse, procuran no dañarle ni ofenderle; y mientras no opone resistencia, le guían con respetuoso miramiento.

Así caminó largo rato sin saber á dónde ni quiénes le llevaban; la frescura del aire que respiró después y los aromas de que estaba embalsamado le persuadieron de que se hallaba en un jardín; y hacia muy poco que creía haber salido de él, cuando oyó abrir una puerta, le sacan por ella, le desvendan los ojos, la cierran, y reconociendo el terreno, ve que se halla en otra calle de la aventura.

Ya comenzaban á tender su denso velo las sombras de la noche, y Antonio se retiró á su casa agitado por una mezcla de contrarios sentimientos, que él mismo no acertaba á explicar ni definir.

La cinta verde que le habían arrojado parecía la misma que adornaba la cintura de María cuando la



NUEVAS ADQUISICIONES DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS. — El fascolomo.

había visto en la corte del rey; y la blanca y mullida mano que la había soltado debía ser la de esta, á quien atribuía su amante todos los imaginables atractivos.

Mas si esta idea inundaba su corazón de inexplicable gozo, el moro que se la quiso arrebatarse le ofrecía la de un rival peligroso y osado; y la duda de si sería él á quien se dirigía la fineza, encendía su corazón en venenosos celos.

Por otra parte, ¿quiénes eran los que le habían libertado de una muerte segura, cuando la herida y los gritos de su enemigo habían alarmado contra él la turba de los suyos?

Si no habían tenido otro objeto que el de salvar su vida, ¿á qué venderle los ojos con tanta crueldad, hacerle temer y sospechar de su intención, y ocultarse con tanta precaución y cuidado? ¿Serían moros ó serían cristianos? pues él no había llegado á distinguirlos, en razón de que al ver sus aceros había sido cogido y vendido. Si cristianos, ¿cómo habían usado de tan extraña conducta? y si moros, ¿quién les había inspirado hácia él tan generoso interés?

Embebido en estas reflexiones, le ocurre que es poseedor de aquella cinta, con que las mismas gracias parecían haber ceñido la delicada cintura de Maria, y desea gozar de esta prenda y dirigirla las ternezas que no puede decir á su amada.

Al encarecimiento de esta alhaja se sigue el temor de perderla, y á este la duda de si se le habrá extraviado en la refriega ó se la habrán quitado al apoderarse, como lo habían hecho de su persona, y lleno de sobresalto se dirige á su aposento.

Llegado á él, echa mano al pecho, lo registra azaroso, encuentra la cinta, y tira de ella; en la extremidad que no había llegado á desplegar, ve prendido un papel, lo examina, y aunque en caracteres muy poco inteligibles, consiguió leer lo siguiente: « Por esta misma puerta. A media noche. La seña Amor, y la contraseña Constancia. »

¡Qué felicidad tan inesperada para un amante tan tierno y apasionado como Antonio! ¡Aquella Maria, por quien hacía tanto tiempo que creía suspirar inútilmente, aquella en cuyo hermoso rostro no había podido fijar la vista sino dos veces solas, aquella que ocupaba noche y día su pensamiento, y aquella, en fin, que había sido la primera que había hecho latir su corazón, y en cuya posesión veía el colmo de la felicidad humana, aquella misma aprobaba su cariño, participaba de su llama, y le dispensaba tan extraordinarios y singulares favores!

Ya no dudaba que era su mano la que le había arrojado aquella cinta, cuyo color era emblema de la lisonjera esperanza, y que era su amor el que con oficioso celo le había libertado la vida.

— ¡Y será posible! decía entre sí mismo. ¡Dentro de pocas horas fijaré mis ojos en los suyos, herirá mis oídos el sonido de su voz, y podré confiar á mi lengua la sincera expresión de mis amorosos sentimientos! ¡Ah! ¡Con qué pereza y lentitud trascurrirán las horas!

En vano la sospecha de un ardid engañoso quiere

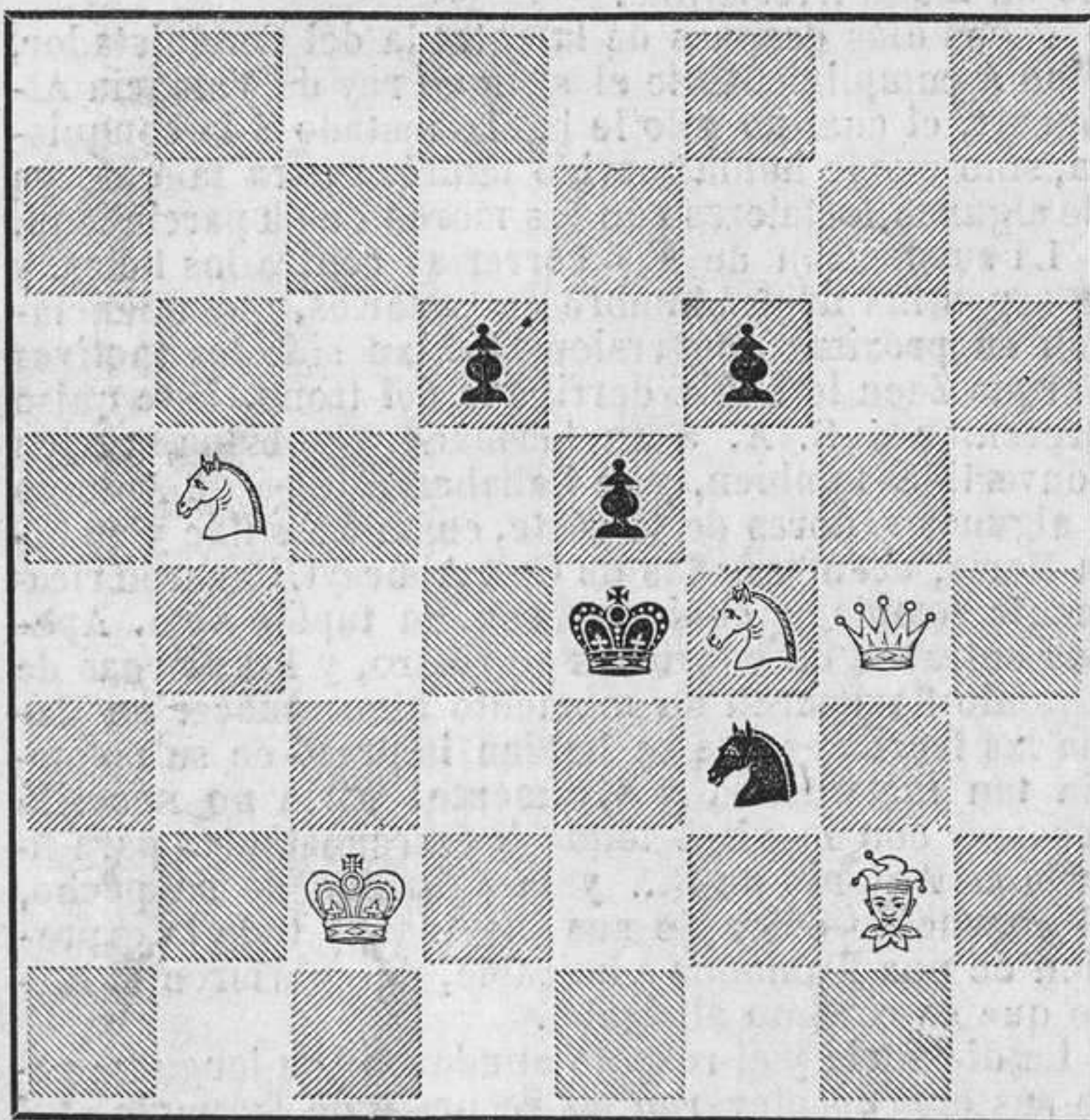
### Problemas de ajedrez.

Solución del número 355.

- |   |  |                     |
|---|--|---------------------|
| 1 | R <sup>a</sup> c. CR                                     | R toma C            |
| 2 | R <sup>a</sup> 2 <sup>a</sup> AR                         | P 4 <sup>a</sup> AR |
| 3 | R <sup>a</sup> 3 <sup>a</sup> CR                         | P 5 <sup>a</sup> AR |
| 4 | R <sup>a</sup> 3 <sup>a</sup> R <sup>a</sup> jaque-mate. |                     |

PROBLEMA NÚMERO 356, POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables :

X. DE LASSALLE Y MÉLAN

Paris. — Tipografía de J. Best, 43, rue des Missions.

acibarar su placer y desvanecer su ilusión. Antonio no halla motivos sino de confianza en la conducta observada por sus libertadores, y la desecha como injuriosa al objeto de su puro y acendrado cariño.

Grande fué la impaciencia y la inquietud con que pasó Antonio las horas que mediaron hasta la media noche.

(Se continuará.)

### El fascolomo.

Acaba de llegar al Jardín de Plantas de París un animal curiosísimo, descubierto en la Australia, la tierra clásica de los animales excéntricos, como el kanguro, con sus desmesuradas patas traseras, el casoar, el pájaro con vellón y el ornitorrinco mamífero con pico de ánade.

El recién llegado, que se encuentra también en las islas del estrecho de Bass, que separa la Australia de la Tasmania, se llama el *fascolomo*, nombre compuesto por la ciencia de dos palabras griegas, que significan *rata con bolsa*. Esta bolsa ó saco, que caracteriza al fascolomo como al kanguro, se forma en la hembra con un pliegue de la piel del vientre, y sirve para abrigar á sus hijuelos, hasta que han tomado todo su desarrollo.

El fascolomo se parecería bastante al tejón, si no fuera por el grueso de su cabeza, por cuya particularidad el sabio inglés Owen le llama *latifrons* ó frente ancha.

Su cabeza es bastante chata; tiene los ojos pequeños, medio cerrados y muy distantes uno de otro, el hocico largo, aunque grueso, y en la boca veinte y cuatro dientes no más. Su cuerpo rechoncho, sin cola y cubierto con un pelaje grueso, pero corto, tiene de largo 75 centímetros, y 40 de alto. Sus cuatro patas son gruesas y cortas, y rematan con cinco dedos armados de largas uñas. Se nutre exclusivamente de vegetales, por lo cual tiene su carne cierto sabor, que aprecian mucho los naturales de su país. Los colonos ingleses de la Australia no le desdeñan asado.

Al ver el grueso y pesado cuerpo del fascolomo, sobre sus cortas patas, se creería que el animal, enemigo del movimiento, pasa su vida en un indolente descanso; mas no es así: lejos de dormirse, no cesa de recorrer el parquecito donde le tienen en el Jardín de Plantas, sin mirar á ninguna parte, casi sin ver, como los locos, y es tal su afán por ese ejercicio continuo, que frecuentemente á fuerza de querer andar deprisa, se cae. Apenas se detiene para comer, pues por lo regular come trotando. El moverse es la necesidad de su existencia.

Dos palabras más, y terminaremos científicamente: El fascolomo es un mamífero del grupo de los marsupiales, y tiene en su organización dentaria cierta analogía con los damanes, paquidermos africanos del tamaño de la marmota.

C. P.